

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

EL MAKIMONO



COLECCION ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

68. — Ajedrez de terror. Curtis Garland

69. — La sociedad de la muerte. Clark Carrados

70— Rosas negras para morir. *Curtis Garland.*

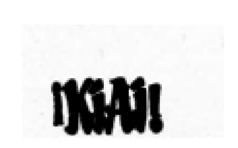
71— El brillo de las navajas, *Ralph Barby*.

72— La banda del trébol rojo, *Clark Carrados.*

LOU CARRIGAN

EL MAKIMONO

Colección ¡KIAI! n.° 73
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

CAPÍTULO PRIMERO

Completamente desnuda, la chinita miraba con los ojos muy abiertos a Kelly Shaw, que finalmente le sonrió y le dio una palmada en una nalga.

—Puedes vestirte, Lai Ti —dijo, sonriente.

— ¿Ya no me haces nada más, Kelly? —preguntó la chinita.

—No. Por hoy ya es suficiente. Anda, vístete.

El viejo Tong Ah se acercó a su nieta con los vestidos y procedió a ayudarla a vestirse. Mientras tanto, Kelly Shaw se había sentado en su sillón giratorio tras la mesa del despacho, y, tras reflexionar unos segundos, comenzó a escribir en una hoja de su talonario para recetas.

Cuando terminó, Lai Ti ya estaba vestido y colocado junto a él, continuaba mirándole sus negrísimos y bellísimos ojos muy abiertos.

Kelly Shaw sacó un billete de veinte dólares americanos, lo unió a la receta que tenía junto a él y, acto seguido, tomó a Lai Ti y la sentó en sus rodillas.

—Si no recuerdo mal, tienes siete años, ¿no es así?

—Sí, Kelly.

—Bueno. ¿Y qué te gustaría hacer cuando fueses mayor?

—Casarme contigo —sonrió la niña de oreja a oreja.

—*Okay, okay*... Pero yo no me casaría con una niña que fuese raquítica, fea, calva, y que se le hubiesen caído los dientes. ¿Comprendes?

—Sí, Kelly —se encogió un poco la niña.

—Bueno, pues eso es lo que te pasará a ti si no aceptas que te pongan esas inyecciones que te he recetado.

—Oh, Kelly —gimió la niña—. ¡Otra vez inyecciones!

—Sí —frunció el ceño el norteamericano—. Ya sé que es una jugada muy fea pinchar un culito tan precioso como el tuyo. Pero no hay más remedio. Recuerda que si no tienes dientes y eres calva no querré casarme contigo.

—Bueno —suspiró la niña encogiendo los hombros—. ¡Dejaré que me pongan las inyecciones!

—Eso está muy bien —sonrió el doctor Kelly Shaw—. Y puesto que nos hemos entendido tan bien y tan rápidamente, la consulta ha terminado.

— ¿Puedo marcharme ya?

—Por supuesto. Pero no sin antes pagarme la consulta, naturalmente.

—Oh, sí —rió la chinita; le echó los brazos al cuello a Shaw, le besó en ambas mejillas y luego se quedó mirándolo fijamente y exclamó—: ¡Qué guapo eres, Kelly!

—Muchas gracias —rió Shaw—. Tú también eres muy guapa. Y aún lo serás más cuando crezcas unas cuantas pulgadas y tengas unos dientes blancos y fuertes y una negra cabellera que estoy seguro me gustará muchísimo.

—Sí, Kelly. Ya verás cómo cuando sea mayor seré muy guapa para que quieras casarte conmigo.

—*Okay*. Bueno, ahora sí que la consulta ha terminado —Shaw miró al viejo Tong Ah, que miraba sonriente la escena—. ¿Alguna duda, Tong Ah?

—No, doctor —movió la cabeza el chino—. Y muchas gracias por todo.

—No vale la pena —aseguró Shaw, poniéndose en pie con la niña en los brazos.

—Bueno —sonrió maliciosamente el chino—. Son puntos de vista. Venimos a una consulta médica, nos la hacen gratis y encima nos pagan las medicinas. Yo creo que sí vale la pena encontrar a alguien como usted, doctor.

—Me parece que no —sonrió de nuevo Kelly Shaw—. Los veinte dólares y la consulta bien valen dos besos de Lai Ti. ¿No está de acuerdo?

—Claro que sí —rió el chino.

Se dirigieron hacia la puerta del despacho, Kelly la abrió, besó a la niña en una mejilla, la depositó en el suelo y tendió la mano al chino, que la estrechó en silencio. Los dos salieron del despacho, volviéndose Lai Ti y tirando besos a Kelly, que, sonriendo una vez más, cerró la puerta y volvió a sentarse ante su mesa. Se pasó las manos por los ojos. La verdad era que aquel día se sentía cansado.

A los veintinueve años, el doctor norteamericano Kelly Shaw había tomado ya una decisión respecto a lo que sería su vida hasta el fin de sus días. Una inquebrantable decisión. Ejercía su profesión en Hong Kong. Allí, en aquel despacho, situado en el distrito de Wanchai, en el 18 de Luard Road, el doctor Kelly Shaw dedicaría sus conocimientos de medicina a ayudar por cualquier medio a su alcance a quienes le necesitasen.

Tras pasarse de nuevo las manos por los ojos y la cara, en un frote enérgico, Kelly Shaw dirigió la mano al intercomunicador y bajó la palanquita.

— ¿Sí, doctor? —se oyó la voz de su secretaria y enfermera.

— ¿Queda algún paciente más, Sheila?

—No. No queda nadie más hoy.

—Estupendo. Y lo digo por los dos, que podemos retiramos ya a descansar. Hasta mañana, Sheila.

Esperó en vano la respuesta de la rubia británica Sheila, que estaba en el antedespacho. Un poco sorprendido, Kelly Shaw cortó la

comunicación y quedó sentado, con las manos sobre la mesa, pensativo.

La puerta del despacho se abrió y apareció Sheila, que se acercó a la mesa y murmuró:

—Bueno... En realidad, sí le queda todavía un paciente.

— ¿Ah, sí? —suspiró Shaw—. Bueno, que pase.

—Ya ha pasado.

Kelly miró hacia la puerta, miró a Sheila y, de pronto frunció el ceño.

—No me diga que es usted —exclamó.

—Pues sí.

— ¡Caramba...! ¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra mal?

—La verdad es que no estoy muy bien... —murmuró Sheila.

— ¡Vaya! ¡Sí que lo siento! En fin, vamos a echar un vistazo a esa salud... Tendría mucha gracia que nosotros, que debemos cuidar a los demás, nos pusiésemos enfermos. ¿Dónde demonios habré dejado mi estetoscopio? Acabo de usarlo con la pequeña Lai Ti...

Mientras hablaba, Kelly Shaw se había puesto en pie, y estaba mirando a todos lados en busca de su estetoscopio. Por fin lo vio, fue a buscarlo, lo recogió, se puso los auriculares, y se volvió, empezando a decir:

—Venga aquí. Examinaremos...

Se quedó mudo del pasmo. Sheila estaba completamente desnuda... Es decir, no del todo... Llevaba puestos todavía los zapatos de alto tacón. El doctor Kelly Shaw se quedó con la boca abierta contemplando a su secretaria y enfermera..., cuyo cuerpo, ciertamente, no recordaba en nada al de la pequeña Lai Ti.

—Así podrá examinarme mejor —musitó Sheila.

—Bu...bueno... Sí, claro, sin duda... Pero...

—No me diga que está usted asustado, doctor —dijo ella, acercándose.

— ¿Asustado? No creo que sea ésa la palabra. Estoy verdaderamente pasmado de asombro. Nunca pensé que bajo su bata pudiese usted ocultar una... geografía tan estimulante, Sheila.

— ¿Es usted aficionado a la geografía? —preguntó ella sonriendo y echándole los brazos al cuello.

—Pues... más bien sí, francamente. Sobre todo, de la geografía física, topográfica. ¿Usted comprende?

—No demasiado —susurró Sheila, acercando su boca a la de Shaw—. Pero siempre he estado dispuesta a aprender todas las cosas interesantes del mundo. ¿Usted cree que la geografía es lo bastante interesante como para que yo me dedique a estudiarla?

—Me parece que el que tendrá que estudiar geografía voy a ser yo —dijo Kelly—. Bueno, ante todo vamos a ver cómo funciona ese

corazoncito.

Apartó un poco a Sheila, puso su mano izquierda sobre su seno izquierdo, y luego colocó el micrófono del estetoscopio sobre el blanco pecho de la británica, que lanzó un gritito.

— ¡Qué frío está!

—Bueno, eso de momento. Luego ya...

El teléfono sonó en aquel momento. Kelly Shaw volvió la cabeza hacia su mesa, y contempló el aparato, que emitió otro timbrazo. Sheila se abrazó a él, acercó su boca a una oreja de Kelly, y le dio un mordisquito.

—La consulta ha terminado ya, doctor. ¿Por qué no cerramos el negocio?

—Esto no es un negocio —murmuró Kelly Shaw—. De modo que atenderemos la llamada. Quizá no sea nada importante, y podamos seguir dedicados a nuestras aficiones geográficas. ¡Caramba, Sheila, me ha dado usted toda una sorpresa!

—Porque es usted tonto —refunfuñó la enfermera—. Si fuese más listo, o al menos se fijase más en lo que sucede a su alrededor, aparte de los chinos enfermos, se habría dado cuenta de que estoy loca por usted.

—Bueno, tendremos que recurrir a un psiquiatra. Tengo un buen amigo que lo es.

Mientras hablaba, Kelly Shaw había conseguido apartar de sí a Sheila, y caminaba hacia el teléfono; lo descolgó y preguntó:

— ¿Sí?

—...

—Sí, soy yo. Yo soy el doctor Kelly Shaw.

—...

— ¿Ir adónde? —preguntó.

—...

—Bueno, no tengo ningún inconveniente. ¿Quién es el enfermo y qué síntomas presenta?

—...

— ¡Ah! No hay nadie enfermo ahí... Entonces, no veo la necesidad de desplazarme a Old Peak Road, francamente.

—...

—Amigo —gruñó Kelly—: usted puede estar todo lo seguro que quiera que yo voy a ir ahí, pero puede apostarse toda la isla de Hong Kong a que no apareceré por su casa ni siquiera en globo.

—...

— ¿Que qué me apuesto a que sí voy? Bueno, no soy rico, pero puedo reunir algunos miles de dólares. ¿Cuánto puede reunir usted?

—...

—Vale, vale. Yo acepto cualquier apuesta a que no consigue

usted decirme nada que me impulse a acudir a esa cita.

Kelly Shaw se irguió vivamente, quedó un instante como alucinado, y de pronto murmuró:

—Voy para allá.

Colgó, fue hacia donde colgaba su americana, se la puso y se dirigió hacia la puerta. La abrió y en ese momento Sheila exclamó:

— ¡Doctor Shaw!

Kelly se volvió, y en su rostro apareció un gesto de sorpresa y recuerdo a la vez.

— ¡Ah, Sheila, perdóneme! Acabo de perder una apuesta y no tengo más remedio que ir a pagarla.

Sin más explicaciones, el doctor Kelly Shaw abandonó su despacho, en el que quedaba una hermosa paciente completamente desnuda.

* * *

No tuvo ninguna dificultad para localizar el número 66 de Old Peak Road. Detuvo el coche delante, y se quedó mirando la casita rodeada de jardín. En la entrada habían dos columnas, en cada una de las cuales, ya de noche, estaba encendido un farolillo con dibujo de templo. No de pagoda china, sino más bien de templo japonés. Lo cual encajaba perfectamente con la personalidad del propietario de la casa.

Kelly se apeó, cerró el coche, echó un vistazo hacia atrás, hacia las luces de Albany Road que partía en dos los Botanic Garden, y se dirigió por el simpático senderillo rodeado de arbustos de flores y árboles hacia la casa. Llegó a la puerta, pulsó el timbre y casi en seguida le abrieron. Un japonés de formidable estatura se quedó mirándolo atentamente, y Kelly Shaw murmuró i

—Un tal señor Motoi Seo me ha llamado citándome aquí con urgencia. Soy el doctor Kelly Shaw.

—Pase —se aparto de la puerta el japonés.

Kelly entró en la casa. En seguida vio frente a él, en el más bien amplio vestíbulo, otros dos fornidos muchachos japoneses que le contemplaban con una simpática sonrisita irónica. Un tanto mosqueado, Kelly se volvió hacia el japonés que le había abierto la puerta, y que acababa de cerrarla. El japonés estaba apoyado de espaldas en la puerta, y, como los otros dos, sonreía con una ironía que comenzó a fastidiar realmente a Shaw.

— ¿Sabe una cosa, doctor Shaw? —dijo el japonés—. Mis compañeros y yo vamos a tener un gran placer en romperle a usted, la cara y seguramente algunos huesos.

Kelly Shaw parpadeó. Eso fue todo. En su mente estaba la idea de que de un modo u otro le habían engañado para encerrarlo en una trampa. Pero no tenía ni idea de por qué alguien quería romperle, a

él, la cara y unos cuantos huesos. Y que evidentemente eran amigos o empleados del tal Motoi Seo, el hombre que le había llamado por teléfono a su consultorio diciéndole que le citaba allí de parte de la Kuro Arashi.

Para Kelly Shaw las palabras Kuro Arashi tenían un significado mágico y definitivo. Kuro Arashi, cuyo significado es Negra Tempestad era la organización que desde Tokio dirigía su anciano y amado maestro, Sensei Inomura. La Kuro Arashi había sido creada por Sensei, con el fin de luchar contra todas aquellas personas, entidades u organizaciones de cualquier clase que atentasen de un modo u otro contra los derechos humanos.

Y he aquí que Kelly Shaw había caído en una trampa para la cual se había utilizado nada más y nada menos que el nombre de la Kuro Arashi. ¿Quién demonios debía ser aquel maldito Motoi Seo y qué se proponía?

Pero, fuese lo que fuese, Kelly se dio cuenta que no podía dedicar más tiempo a aquellas reflexiones, porque los dos muchachos sonrientes se acercaban ya a él, cerrando los dos puños y blandiéndolos con unos gestos y una habilidad tal que los clasificó inmediatamente como habilísimos karatekas.

Rápidamente se desplazó poniéndose fuera del alcance de las manos del más alto de los tres, que se separó de la puerta y comenzó a caminar hacia él.

—Francamente, doctor Shaw —dijo el gigantesco japonés—, no parece usted gran cosa, así que la diversión va a ser muy breve.

Kelly Shaw apretó los labios y su mirada quedó fija en los ojos del japonés. Este saltó de pronto hacia él, con las manos tendidas, al parecer dispuesto a cogerlo por la ropa. Kelly esperaba el ataque e incluso había tenido la esperanza de que se produjese de aquel modo. Y como así se produjo, llevó a cabo el movimiento de judo que ya había tenido mentalmente preparado.

Se inclinó delante del japonés, metió su brazo izquierdo y su hombro entre las ingles de éste y con la mano derecha lo agarró por la ropa del pecho y tiró de él hacia abajo, de modo que todo el peso del japonés fue a caer sobre el hombro de Kelly Shaw..., pero simultáneamente, éste distendía las piernas, incorporándose, y efectuaba un movimiento de lanzamiento con sus hombros.

Fue un *Kataguruma* perfecto, impecable.

Tan perfecto e impecable como el poderoso *kiai* que brotó del vientre de Kelly Shaw mientras efectuaba la terrible proyección de judo.

—¡TOOóooOOÓOOOO...! —resonó fuertemente el *kiai* en la casa del japonés Motoi Seo.

Todavía estaba el *kiai* vibrando en el aire cuando el japonés

gigantesco llegaba a estrellarse con toda la fuerza de la proyección y de su peso contra la pared, cerca de la puerta. Rebotó allí, cayó de cabeza al suelo, donde pareció rebotar otra vez, y quedó de pie, contemplando con divertida sonrisa a Kelly Shaw…, que sintió un Violento estremecimiento recorriendo su cuerpo desde la nuca hasta los talones.

—Esto no ha estado nada mal, doctor Shaw —elogió el japonés —. Veamos qué más cosas sabe usted hacer.

Como si aquello hubiese sido una señal, los dos japoneses de estatura más corriente cargaron contra Kelly Shaw. Este recibió en pleno pecho el tremendo puñetazo que hizo retumbar todo su cuerpo como si fuese un tambor. Cayó sentado al suelo, sacudió la cabeza, y vio llegar el pie del otro japonés. Con una velocidad que, ciertamente, no podía esperarse del aspecto pacífico y elegante del doctor Kelly Shaw, éste giró hacia un lado, evitando el tremendo *mae geri* que le habría acertado de lleno en la barbilla… Y mientras giraba, Shaw se puso en pie de un salto, se acercó al japonés que le había golpeado en el pecho, le asió por ambas solapas, giró adelante de él, se lo cargó en un hombro, y giró hacia adelante y se inclinó.

El japonés lanzó un grito mucho menos intenso que el *kiai* de Kelly Shaw, mientras salía violentamente proyectado por el formidable *morote,* que tras alzarlo un metro y medio y proyectarlo a más de tres de distancia, lo hizo rodar por el suelo hasta que se estrelló contra la pared en su unión con el suelo.

Mientras tanto, el gigante había pasado de nuevo a la carga, intentando asir a Kelly. Este le cogió la mano derecha con las dos suyas, dio un tirón, se cargó sobre el hombro derecho el cuerpo del nipón, y volvió a inclinarse, tirando con fuerza de aquel brazo. Esta vez, con un *ippon seoi nage* consiguió desembarazarse del japonés, que, gritando también como su compañero, fue a estrellarse de nuevo contra la pared…, mientras Kelly Shaw recibía de costado un patadón que le acertó de lleno en el hígado y lo derribó, haciéndolo rodar por el suelo. Se quedó allí de rodillas, sacudiendo la cabeza y acariciando el lugar golpeado. Le parecía que tenía una lanza atravesando el cuerpo de parte a parte.

Pero aun así, oyó las leves pisadas del karateka acercándose de nuevo. Volvió la cabeza, le vio disparar de nuevo el pie derecho…, y esta vez no se limitó a esquivarlo. Lo paró, lo asió con ambas manos y tiró hacia arriba. El karateka salió volando y cuando, ya cayendo, parecía que se iba a romper la cabeza contra el suelo, giró y cayó de pie delante del asombrado Shaw, que otra vez sintió aquel estremecimiento.

Por detrás de él oía ahora los pasos del gigante y del otro japonés, que pasaban otra vez a la carga.

—Ya basta —sonó entonces la voz—. Está bien, Saburo.

Kelly se puso en pie rápidamente, y, todavía como traspasado de dolor, se quedó mirando al personaje recién aparecido. Era un anciano de unos sesenta y cinco años, también japonés. Vestía elegantemente, a la americana, y contemplaba sonriente a Kelly, que frunció el ceño:

—¿Usted es Motoi Seo? —jadeó.

—Así es, doctor Shaw. Sea usted bien venido a mi humilde casa.

—¿Bien venido? —bufó Kelly—. ¡Uno de los dos está loco, señor Seo!

—Le aseguro que no —sonrió ampliamente el anciano—. Ni usted ni yo estamos locos. Al menos, yo estoy seguro de mi cordura. Por eso he querido ponerle a usted una pequeña prueba antes de pedirle un favor.

—¿Va usted a pedirme un favor? —exclamó Kelly.

—Así es, doctor Shaw.

—¿Y para convencerme de que debo hacérselo no se le ocurre nada mejor que echarme encima mío tres bestias?

—No son exactamente bestias —rió el anciano, relucientes los negrísimos ojos—. Son lo mismo que usted.

—¡Ah! ¿Son médicos?

—No, no —rió de nuevo el anciano—. Son budokas, doctor Shaw.

—Esa es una broma que no tiene la menor gracia —gruñó Kelly.

—No es ninguna broma. Le presento —señaló al gigante— a Saburo, cuarto Dan de aikido, tercer Dan de judo y primer Dan de karate. Los otros dos compañeros de usted, y míos, son Moshiro y Tasuku, los dos tercer Dan de karate. Cómo ve usted, doctor Shaw, está entre budokas.

—Los budokas no se comportan como ustedes —rechazó fríamente Kelly.

—Le aseguro a usted que tanto yo como nuestros compañeros somos budokas. En cuanto a mí, digamos, sencillamente, que soy un viejo amigo, y por supuesto discípulo de nuestro común Sensei, Takeo Inomura. Naturalmente, usted sabe de quién le estoy hablando, doctor Shaw.

—Por supuesto que sí. Lo que me pregunto es si realmente lo sabe usted.

—Claro que lo sé. Está sorprendido porque yo haya utilizado el nombre de la Kuro Arashi, que usted respeta y defiende, siempre siguiendo las indicaciones de nuestro Sensei cuando él se lo pide. En realidad, esto no ha sido una trampa, sino simplemente una pequeña prueba para asegurarme de que usted es persona idónea para encargarse del favor que voy a pedirle.

Kelly Shaw consiguió salir de su estupefacción.

—¿Debo entender que todo esto ha sido… una broma…?

—Pues sí. Una broma pensada, como ya le he dicho, para asegurarme de su capacidad defensiva… y ofensiva. ¿Tiene usted la bondad de pasar a la salita, doctor Shaw?

—¿No más bromas? —refunfuñó Kelly.

—No, no. Le aseguro que ya no habrán más bromas. Los cuatro estamos perfectamente convencidos de que es usted persona capacitada para defenderse. Por cierto, Sensei me habló de usted para encargarle de este asunto, pero no me dijo cuál es el arte marcial que usted practica.

—Vaya —sonrió irónicamente Kelly Shaw—. ¿Y no ha tenido usted suficiente con lo que ha visto para saber cuál es mi arte marcial?

—Yo diría que el judo —sonrió Motoi Seo—. Y por lo menos, tercer o cuarto Dan.

—Cuarto —mascculló Kelly—. ¿Y bien? ¿Cuál es el favor que tiene usted que pedirme?

—¿Me aceptaría usted una taza de té? —ofreció Motoi Seo señalando hacia el interior de la salita.

CAPÍTULO II

—Le supongo a usted enterado de lo que es un Makimono, doctor Shaw. ¿Acierto?

Kelly alzó la cabeza y miró levemente sorprendido a Motoi Seo. Luego asintió con un gesto, terminó su taza de té, la dejó sobre la mesita, y se repantigó cómodamente en el sillón.

Motoi Seo estaba sentado ante él, también tomando el té. Y aunque a su vez habían tomado té, Saburo, Moshiro y Tasuku permanecían en pie, contemplando con sonriente gesto al que habían gastado una «pequeña broma».

—¿Cómo definiría usted un Makimono? —insistió Motoi Seo.

—Como una pintura —parpadeó Kelly—. Si no estoy equivocado, un Makimono es una pintura o un dibujo generalmente alargado en sentido horizontal, y en el que el artista refleja escenas guerreras más o menos cruentas y fantásticas. Aunque muchos Makimonos, por no decir todos, siempre reflejan escenas de batallas que sucedieron en la realidad. Algunos Makimonos muy antiguos reproducen auténticas batallas entre samurais de distintos bandos. Otras, entre samurais contra otra clase de gente... En fin, un Makimono suele ser una tela, un lienzo o un pergamino en el que están reflejadas escenas guerreras que podemos situar, como mínimo, a mediados del siglo pasado.

—Bueno..., sí, sí. Vamos a aceptar esta definición de usted, doctor Shaw. En definitiva, un Makimono es un dibujo, pintura o grabado en el que hay unas escenas guerreras. ¿Le gusta a usted éste?

Motoi Seo introdujo la mano hacia el respaldo del sillón, entre éste y su espalda, y la sacó mostrando un pergamino enrollado. Lo abrió un poco, de modo que

Kelly pudo ver que en cada extremo del pergamino había una varilla de madera de teca que servía para estirar el enrollado pergamino, de modo que pudiera ofrecerse en su total extensión a la vista del espectador.

Tendió la mano, tomó el pergamino y comenzó a estirarlo; pero no sólo era demasiado largo para sus brazos, aun abriéndolos completamente, sino que quedaba demasiado cerca y no podía verlo bien. A una seña de Motoi Seo, Moshiro y Tasuku se acercaron, tomaron cada uno un extremo del Makimono y lo fueron desenrollando hasta ofrecerlo completamente extendido ante Kelly Shaw.

Este estuvo durante más de un minuto observando las escenas guerreras reflejadas en el pergamino. Efectivamente, había allí una terrible contienda entre dos bandos de samurais. Dos bandos, porque

Kelly Shaw tenía el suficiente conocimiento de estas cuestiones para identificar los únicos dos distintivos que mostraban los contendientes. Habían por lo menos treinta hombres matándose unos a otros en escenas brutalmente sangrientas. Y esos treinta hombres pertenecían únicamente a dos bandos. Para distinguirlos, aparte de sus ropas, que eso era más bien indiferente, bastaba mirar los distintivos redondos en el brazo izquierdo. Cada uno de esos distintivos mostraba un anagrama que expresaba la leyenda de la casa a la que pertenecían los dos grupos contendientes de samurais.

—¿Le gusta? —preguntó Motoi Seo.

—Es espeluznante —musitó Kelly.

—Sí. Realmente es una batalla de lo más sangriento. Observe usted los sables, cómo chorrean sangre. Vea cómo se ven en el suelo algunas cabezas decapitadas y brazos cortados. Observe usted con qué fidelidad captó el artista este combate entre samurais. Hay brazos cortados por el suelo, hombres con los vientres abiertos, hombres sin cabeza… Sí, realmente, es espeluznante, doctor Shaw. Pero me pregunto si se ha percatado usted de algo más, referente a este Makimono.

—No sé a qué se refiere usted.

—Me refiero a los emblemas de los samurais.

—Ah, sí. Bueno, parece claro que aquí solamente hay en liza dos bandos de samurais. Es decir, dos grupos, cada uno de los cuales sirve a un Daymio o señor diferente.

—Exacto. Bien, doctor Shaw, le he mostrado a usted este Makimono porque tenía la seguridad de que, con toda lógica, en cuanto usted pudiera hacerlo lo miraría por su propia cuenta. Ahora que ya lo ha visto usted, todo lo que debemos hacer es guardarlo en su estuche y ponerlo en sus manos.

—¿En mis manos?

—Sí. Tiene que llevar usted este Makimono a Tokio. A nuestro amado maestro Takeo Inomura.

—Magnífico —sonrió Kelly—. Me alegrará muchísimo visitar a Sensei.

—Estoy convencido de ello —sonrió Motoi Seo—. Sus palabras significan, claro está, que acepta hacerme ese pequeño favor.

—No tengo ningún inconveniente… —se sorprendió Kelly Shaw —. Pero no veo qué tiene que ver esté favor con la broma que me han gastado usted y mis compañeros budokas. Y tampoco veo motivo alguno para que sea yo, precisamente, quien lleve el Makimono a Tokio. Podía llevarlo uno de ellos tres, o los tres.

—No —negó Seo—. Le he escogido a usted porque no es japonés. Quiero que lo lleve un hombre de raza blanca, no un japonés, que podría ser detectado… e importunado de mil maneras. En cambio,

tengo la esperanza de que nadie se fije en usted como portador del Makimono.

—Por sus palabras debo entender que el simple hecho de partir de Hong Kong hacia Tokio portando este Makimono entraña una serie de peligros más o menos importantes, señor Seo.

—Así es. Por eso quise asegurarme de que es usted no sólo un buen budoka apto para defenderse..., sino que en los últimos tiempos no se había relajado y estaba desentrenado. Lo cual podría ser un grave inconveniente para su supervivencia.

—¿No está usted exagerando?

—No.

—Bien... ¿Qué pasa con este Makimono? ¿Qué tiene de especial?

—Doctor Shaw, yo contaba de antemano con que, mencionándole a usted nuestro Sensei, aceptaría llevarle el Makimono. Eso va a ser todo. Le ruego que no me haga ninguna pregunta sobre el Makimono, porque no querría cometer la descortesía de dejarle a usted sin respuesta.

Kelly volvió a dedicar su atención al Makimono, que Tasuku y Moshiro continuaban manteniendo extendido ante él. El colorido y las figuras eran de gran belleza, y otro detalle que antes le había pasado por alto era que uno de los dos bandos de samurais estaba llevando evidentemente la mejor parte y cometiendo una auténtica masacre con los *samurais* pertenecientes al otro bando. Pero esto era algo que Kelly sabía que había sucedido con mucha frecuencia. Siempre había un vencedor y un vencido,, esto era lógico. Aparte de esto, y de la indiscutible belleza y la calidad y sensibilidad del artista, Kelly Shaw no pudo encontrar nada más que llamase de un modo especial la atención. Un fondo de cielo enrojecido, algunas tecas, el alero de un bello templo japonés. No. Nada que él pudiese distinguir de un modo especial de entre las demás cosas.

—Está bien —murmuró—. Puedo tomar el avión esta misma noche...

—No, no... —negó Motoi Seo—. No hay ninguna prisa especial en que el Makimono llegue a manos de Sensei. Se trata de seguridad, no de velocidad, doctor Shaw.

—¿Por qué?

—Porque no nos gustaría que el Makimono fuese a parar a otras manos. Por lo tanto, le sugiero a usted que mañana tome uno de los barcos que hacen la travesía Hong Kong-Tokio, y se disponga a pasar unas cortas vacaciones. No se despida de nadie, no haga ninguna cosa especial... Simplemente, mañana tome usted el barco hacia Tokio.

—La verdad es que no me gusta estar demasiados días alejado de mis pacientes —refunfuñó Kelly—. ¿Qué tiene de malo el avión?

—Puesto que hace una pregunta tan directa, la contestaré —

sonrió Motoi Seo—. En el supuesto de que algunas personas pretendiesen arrebatarle a usted el Makimono en el avión, la situación sería excesivamente complicada. Estaría usted totalmente acorralado en un avión. En cambio, en un barco siempre tendrá usted muchas posibilidades de desplazamiento, de ocultamiento..., y, en fin, toda una serie de recursos que, supongo lo va a admitir usted, no tendría en un avión.

—Eso es cierto —parpadeó Kelly—. Bien, ¿qué debo decirle a Sensei?

—Nada —movió la cabeza Seo—. El está esperando el Makimono. Usted se lo entrega, y eso será todo. Y muchas gracias por su colaboración, doctor Shaw.

Dicho esto, Motoi Seo miró a Moshiro y Tasuku, los cuales procedieron a enrollar el Makimono. Mientras tanto, también de detrás de él, Motoi Seo había sacado un largo tubo metálico, en el que fue introducido el Makimono. El tubo fue cerrado con una tapa que se enroscó, y puesto en manos de Kelly Shaw, que, tras mirarlo, parpadeó con su característico gesto, y preguntó:

—¿Esto es todo?

—Esto es todo, doctor Shaw. Y de nuevo muchísimas gracias.

Motoi Seo se puso en pie, y Kelly le imitó rápidamente. El anciano japonés tendió la mano, Shaw la estrechó y luego miró a los tres jóvenes japoneses, que le contemplaban sonrientes. Refunfuñó algo, se tocó la frente con dos dedos, y se dirigió hacia la puerta. Tras él partió el gigantesco Saburo, que, ya en el vestíbulo, le abrió la puerta y le tendió la mano.

—Buena suerte, compañero —deseó.

—Gracias —aceptó Kelly la mano—. Y dime una cosa: ¡sois vosotros muy flojos o yo soy muy fuerte?

—Hay un poco de todo —rió Saburo—. Nosotros no teníamos que romperle los huesos, sino solamente hacer algunas cosas para ver si tú eres capaz de reaccionar adecuadamente.

—¿Y qué opinas?

—Bueno... —movió la cabeza Saburo—. No creo que tengas dificultades mientras no te ataquen con armas de fuego. De todos modos, ten mucho cuidado, y desconfía de todo el mundo.

—¿Acaso todo el mundo está enterado de que voy a llevar este Makimono a Tokio?

—No sabemos quién está enterado y quién no. Pero tenemos la certidumbre de que hay personas interesadas en conseguir este Makimono para utilizarlo de un modo que no es del agrado del señor Seo. Y mucho menos lo sería de Sensei.

—*Okay,* entendido —asintió Kelly Shaw.

Salió de la casa, y poco después llegaba adonde había dejado el

coche, cerca de ésta. Sacó las llaves y se disponía a abrir la portezuela cuando oyó a su derecha y un poco atrás unas pisadas. Se volvió, y, en efecto, tal como le había parecido por el resonar de las pisadas, se encontró frente a una mujer…, y a la pistola que empuñaba ésta, que relucía bajo la iluminación de Old Peak Road.

—No abra esa portezuela —dijo la muchacha en un inglés tan perfecto como el de Motoi Seo—. Abra la del otro lado. ¡Pronto!

Kelly Shaw parpadeó, según era su costumbre. Luego, calmosamente, rodeó el coche, seguido por la muchacha, que no dejaba de apuntarle, abrió la portezuela del otro lado, y se volvió a mirarla.

—Entre y Colóquese ante el volante —ordenó ella.

Dócilmente, Kelly Shaw obedeció; se metió en el coche, se sentó ante el volante, y mostró en alto las llaves de contacto. La muchacha, que acababa de sentarse a su lado, movió levemente la pistola.

—Vámonos de aquí inmediatamente —ordenó.

—*Okay*.

—En cuanto a eso —añadió rápidamente la muchacha—, será mejor que me lo entregue. ¿Contiene el Makimono?

—¿El qué? —se sorprendió hipócritamente Shaw.

—Démelo —exigió ella.

Kelly entregó el tubo metálico que contenía el Makimono. Su tamaño era de unos diez centímetros de diámetro por unos cuarenta o cuarenta y cinco de longitud. La muchacha lo tomó, y lo puso sobre su regazo, sujetándolo con la mano izquierda, mientras con la derecha seguía apuntando firmemente al pecho de Kelly Shaw. Este se hallaba dedicado en aquellos momentos a contemplar con atención a su captora. Debía tener poco más de veinte años. Sus cabellos eran oscuros, largos y suavemente ondulados. En cuanto a su rostro, ofrecía una serie de contrastes lo bastante enigmáticos como para que hubiesen intrigado a alguien que no conociese tan bien las características raciales de Oriente como Kelly Shaw. A juicio de éste, la muchacha tenía dos características que creyó definir con exactitud.

—Usted es mestiza, ¿no es así? —sonrió.

—Cállese y vámonos de aquí.

—Padre norteamericano o inglés y madre japonesa —sentenció Kelly Shaw—; o al revés, padre japonés y madre norteamericana o inglesa. ¿Acierto?

—Le he dicho que nos marchemos de aquí inmediatamente.

—Es usted muy bonita —sonrió Kelly Shaw—. Pero su actitud resulta sumamente desagradable. ¡Está bien, está bien, ya nos vamos!

Metió la llave, dio el encendido, puso la marcha, y partieron. De reojo, Kelly Shaw miraba a la muchacha, que, efectivamente, era muy bonita. La finura de los rasgos japoneses se mezclaban suavemente

con unas facciones enérgicas y bien modeladas de ascendencia blanca. La boca era más bien gordezuela, de labios muy bien definidos, que le parecieron a Kelly Shaw una fruta jugosa. Los ojos grandes y bellísimos recogían con extraordinario brillo las luces de la parte baja de Hong Kong hacia la cual se dirigían. En cuanto a las manos, tras una mirada a la que reposaba sobre el tubo que contenía el Makimono, Kelly llegó a la conclusión de que eran de una belleza en verdad poco corriente.

—¿Qué pensaba usted hacer con el Makimono? —le preguntó, de pronto, la muchacha.

—Apuesto a que es usted tan inteligente y sabe tantas cosas que no necesita que yo se lo aclare —deslizó él.

—Por supuesto. ¿Cuánto pensaban pedir por él?

—Oh... Bueno, unos... pongamos 500.000.000 de yens. ¿Le parece suficiente?

—¡Quinientos millones! —respingó la muchacha.

—¿Le parece demasiado?

—Son ustedes unos canallas... —jadeó ella—. ¡No sé cómo me contengo y no le mato!

—Posiblemente, porque estoy conduciendo, y si me matase usted ahora no lo pasaría muy bien. Seguro que nos estrellábamos.

—Eso no sucederá —rechazó la muchacha—. Y ahora que ya nos hemos alejado lo suficiente, pare el coche.

—¿Por qué?

—Porque usted se va a apear y se alejará lo suficiente para que *yo* pueda conducir y dejarlo aquí.

—Eso significa que no piensa matarme.

—No soy tan asesina como ustedes. Pare el coche.

—Muy bien.

Kelly Shaw acercó el coche al bordillo y lo detuvo. Estaban justo entre las dos mitades del Botanic Garden, en Albany Road. Una vez parado el coche, se volvió a mirar a la muchacha, que movió la pistola señalando al exterior.

—Apéese y aléjese lo suficiente para que yo no deba temer ningún ataque por su parte.

—En definitiva, que piensa usted robarme también el coche —refunfuñó Kelly.

—Lo encontrará no muy lejos de aquí. Sólo lo quiero para alejarme con la seguridad de que ni usted ni nadie más puede seguirme.

—Entendido. Bueno, encantado de conocerla, señorita...

—¡Salga! —casi gritó ella.

—Está bien, está bien. Ya salgo.

Kelly abrió la portezuela del coche, comenzó a desplazar el

cuerpo para salir…, y mientras lo hacía, su mano izquierda, que acababa de abandonar el volante, se movió velozmente y arrebató con una limpieza pasmosa la pistola de la mano de la muchacha. Esta lanzó un gritito, y se quedó mirando con los ojos casi desorbitados a Kelly Shaw, que sonrió amablemente.

—¿Qué le parece? —exclamó—. ¡Y yo que creía que aprender estos pequeños detalles de defensa personal no servían para nada!

—¡Oh! —gimió por fin ella.

—No se desanime. Otra vez le saldrá mejor. Y ahora, ¿quiere ser tan amable de colocarse adecuadamente a mis conveniencias? Es decir, hacia el otro extremo del asiento lo máximo que pueda.

La muchacha lanzó otra exclamación, y de pronto se abalanzó hacia la mano izquierda de Kelly, que continuaba sosteniendo con indiferencia la pistola. Pero la mano y la pistola desaparecieron; y al instante siguiente, la mano derecha de Kelly, apoyándose en el rostro de la muchacha, la empujaba sin contemplaciones, pero sin excesiva rudeza, hacia el otro lado del asiento. El volvió a cerrar la portezuela, hizo desaparecer la pistola en un bolsillo, y, de pronto, colocó la mano izquierda, abierta, en la garganta de la muchacha, abarcándola completamente.

—Mire usted —dijo con sosegada amabilidad—: puedo matarla en menos de un segundo si la situación me parece altamente desagradable. ¿Qué prefiere usted, que conversemos como personas civilizadas, o que la estrangule como si fuese un pajarillo?

—Usted… —jadeó ella—, usted es un canalla que…

—Oh, vamos, deje ya de decir tonterías —refunfuñó Kelly, retirando la mano—. No soy ningún canalla, vamos a aclarar muy pronto nuestras respectivas posiciones. Fíjese si soy amable y civilizado que para resolver la cuestión conversando lo vamos a amenizar con una encantadora cena a la japonesa. ¿Le gusta a usted la cocina japonesa?

—Sí, pero…

—Tómeselo con calma. Va usted a saborear unos platos exquisitos. Por cierto, y aunque la pregunta me parece bastante tonta, no tengo más remedio que hacerla. ¿Es usted amiga del señor Motoi Seo?

—¡Claro que no! —exclamó la muchacha.

—Me lo temía —movió la cabeza Kelly Shaw—. Y la verdad, no sé si regresar para presentarlos o insistir en mi invitación para cenar. ¿Qué prefiere usted?

—Yo… ¿Está usted hablando en serio?

—Por supuesto —exclamó Kelly—. Yo no bromeo nunca cuando invito a cenar a una muchacha encantadora.

—Bueno… ¿Usted no es amigo de Motoi Seo?

—Amiguísimo —asintió Kelly.

—Pues… no lo comprendo.

—Seguro que hablando lo comprenderemos todo. ¿Estamos de acuerdo en lo de la cena?

—Sí… sí.

CAPÍTULO III

—¡Pero esto no es ningún restaurante! —exclamó la muchacha.

Kelly Shaw cerró la puerta de su apartamento y señaló hacia la parte destinada a vivienda

—¿Cómo lo ha adivinado? —se sorprendió cómicamente.

—¿Quién vive aquí?

—Yo. Y, además, un médico americano de gran competencia especializado en atender pacientes de raza oriental... que generalmente no tienen el suficiente dinero para acudir a otros médicos más importantes. Más importantes quizá profesionalmente, pero no humanamente, se entiende.

—Pero... ¿quién es usted?

—Doctor Kelly Shaw. ¿Y usted?

—Bueno, yo...

—No sea injusta —sonrió Kelly—. Yo le he dicho quién soy y qué soy. Ahora le toca a usted.

—Pero... esto no es ningún restaurante.

—¡Y dale! —masculló Shaw—. Ya le he dicho que es mi apartamento. En cuanto a la cena a la japonesa, no se preocupe usted. Estuve el tiempo suficiente en Japón para saber preparar unos platos que le van a resultar muy de su agrado. A menos que su padre o su madre japonés o japonesa, no la aficionasen a esta clase de comidas. ¿Cuál de los dos era japonés, su padre o su madre?

—Mi madre —musitó la muchacha.

—¡Ajá! ¿Y su padre?

—Mi padre era británico.

—Algo así tenía que ser. ¿Cómo se llama usted?

—Daisy... —murmuró la muchacha—. Daisy Norimitsu.

—Muy bien, señorita Daisy Norimitsu. Vamos a mi salita de estar y allí conversaremos lo más agradablemente posible. En realidad, todo depende de usted.

—¿De mí?

—Claro. Si usted intentase algo contra mi humilde persona, tenga la seguridad de que con su propia pistola le metería una bala en cada pezón de sus preciosos pechos.

—Usted es un...

—¡Demonios! —exclamó Kelly Shaw realmente fastidiado—. ¿Es que no tiene usted ni el más leve sentido del humor? Detesto las armas, y por eso le he tomado a usted una ligera antipatía. De todos modos, puesto que no quiero que me siga considerando peligroso o simplemente embustero, tenga usted su pistola y haga con ella lo que mejor le parezca.

La pistola apareció en la mano de Kelly Shaw, que tomó la derecha de la muchacha y la depositó allí. Daisy Norimitsu se quedó viendo visiones. Miró la pistola, miró el enfurruñado gesto de Kelly Shaw, volvió a mirar la pistola, y... otra vez el rostro de Shaw, cuyo ceño se había fruncido.

—Ya veo que se ha quedado patitiesa, Daisy Norimitsu —farfulló el médico norteamericano—. Pues bien, puede tomar la decisión que quiera. Por mi parte, como realmente tengo apetito, me voy a la cocina a preparar algo que resulte verdaderamente apetitoso.

Y efectivamente, dejando completamente estupefacta a la muchacha, Kelly Shaw se adentró en su apartamento en dirección a la cocina. Estaba preparando un plato de *tempura* cuando oyó el taconeo de la muchacha en la puerta de la cocina. Se volvió, la miró, y señaló el pescado.

—Le aseguro que está fresco. Algunos occidentales no saben acostumbrarse al pescado crudo, pero yo opino que todo es cuestión de tiempo y de afinar un poco el paladar. Espero que a usted sí le guste.

—Sí —murmuró Daisy.

—Estupendo. Bueno, digo estupendo porque supongo que ha decidido quedarse a cenar.

—Está usted solo en el apartamento.

—¿Eso es una pregunta o una afirmación?

—Es una afirmación.

—¿Y qué le sorprende a usted de que yo esté solo en mi apartamento?

—Bueno..., por un momento creí que me estaba tendiendo una trampa.

—Estoy hasta las narices de trampas y de hablar de cosas que no entiendo. Vea si encuentra en el frigorífico alguna botella de sake. ¿Le gusta el sake?

—Si.

—Pues ya sabe dónde puede encontrar una botella..., si tenemos suerte.

Daisy entró en la cocina, abrió el frigorífico, y tras mirar en su interior encontró la botella de sake, que mostró en alto. Kelly asintió satisfecho, y señaló hacia la salita.

—Vaya usted a preparar la mesa y busque algunas copas. Me temo mucho que no tengo velitas encarnadas. Sería de lo más romántico.

—Usted, verdaderamente, es médico —dijo ella.

—¿Cómo lo ha adivinado? —se sorprendió Cómicamente y con evidente guasa el norteamericano.

—Bueno... He visto su consultorio, el aparato de rayos X, y otras

cosas...

—¡Qué listísima! ¿Sabe una cosa? Estoy hasta las narices de mi asistenta, así que la voy a despedir.

—¿Por qué?

—Por poner el sake en la nevera. Se lo he dicho muchas veces. Que el sake se toma más bien caliente. Pues no hay modo de que lo entienda.

—Seguramente no es japonesa.

—Aunque fuese un pigmeo africano debería entender mis palabras. Si yo digo que el sake no se pone en el frigorífico, es que no se pone en el frigorífico. Pero en fin, a todo se acostumbra uno.

—¿Incluso al sake frío? —sonrió Daisy Norimitsu.

Kelly Shaw se quedó mirándola y sonrió agradablemente, a su vez.

—¿Sabe que tiene una sonrisa encantadora? Bueno, toda usted es encantadora. Es una muchacha preciosa, señorita Daisy Norimitsu.

—Se está burlando de mí.

—Un poco. Pero no por ello me echó atrás en mis intenciones de invitarla a cenar. Cuando haya preparado la mesa y encontrado las copas, venga aquí a ayudarme. ¿0 no sabe nada de cocina?

—Puedo defenderme —casi rió la muchacha.

—Espléndido. A lo mejor tenemos algo que aprender uno de otro.

* * *

—Bueno... —exclamó Kelly—. Pues no ha estado nada mal, ¿verdad?

—No —admitió Daisy—. Ha sido una cena más bien agradable.

—Me alegro de que lo considere así. ¿Ve usted cómo las personas se entienden mejor en buena armonía que poniendo una pistola entre ellas?

—Voy a buscar el café —murmuró Daisy—. Ya debe estar listo.

—Cuidado no se queme.

Daisy Norimitsu regresó tres o cuatro minutos más tarde con el café. Lo depositó en la mesita baja que habían habilitado para cenar en ella, y tras sentarse de nuevo frente a Kelly, que estaba al otro lado de la mesita, preguntó:

—¿Es usted o no es usted amigo de Motoi Seo?

—Muy amigo —admitió Kelly—. ¿Y usted?

—Bueno... Usted me tomó el pelo cuando dijo aquello de los quinientos millones de yens, ¿verdad?

—Naturalmente —sonrió Kelly.

—Entonces ya no sé qué pensar del señor Motoi Seo. ¿Qué tenía que hacer usted con el Makimono, señor Shaw?

—Entregarlo a cierta persona en Tokio.

—¿A cierta persona apellidada Yoshimura?

—No tengo ni idea de quién pueda ser ese tal Yoshimura. Era otra persona.

—¿No iba usted a entregarle el Makimono a ninguno de los Yoshimura?

—Ya le he dicho que no sé nada sobre el tal o los tales Yoshimura.

—¿A quién tenía que entregarle el Makimono, entonces?

—Eso no pienso decírselo..., a menos que usted me aclare su actitud con respecto al señor Seo. ¿Es usted o no es usted amiga de él?

—Hasta hace poco —musitó Daisy— yo no tenía ni idea de la existencia del señor Se». Mis sentimientos hacia él están todos relacionados con el Makimono, es decir, con el destino que piense darle al Makimono. Lo que convendría saber es la actitud del señor Seo hacia los Norimitsu.

—¿Quiere decir que Motoi Seo conoce a los Norimitsu?

—Estoy segura de que si usted le habla al señor Seo de los Norimitsu y los Yoshimura, él sabrá muy bien a qué se refiere.

—Esta no me parece, precisamente, una mala idea —asintió Kelly Shaw.

Se puso en pie, fue hasta donde tenía el listín telefónico de Hong Kong y dedicó un par de minutos a localizar a Motoi Seo, en el 66 de Old Peak Road. Una vez conseguido el número telefónico del viejo japonés, procedió a marcarlo en el aparato.

Durante más de medio minuto permaneció inmóvil, escuchando cómo al otro lado de la línea el teléfono de Motoi Seo sonaba y sonaba. Pulsó la horquilla, cortando la llamada, y volvió a marcar el mismo número. El resultado fue el mismo: el teléfono de Motoi Seo llamaba una y otra vez..., sin que nadie se dignase atender la llamada.

Kelly Shaw colgó el auricular y volvió la cabeza hacia Daisy Norimitsu, que le contemplaba expectante.

—Parece que el señor Seo no está en casa.

—Sorprendente —alzó las cejas Daisy Norimitsu—. Aunque quizá no tanto.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que quizá el señor Motoi Seo ha cumplido ya su cometido al entregarle a usted el Makimono, y ahora se ha limitado a desaparecer de escena.

—Bueno... —frunció el ceño Kelly—. No entiendo muy bien sus palabras, pero deduzco de ellas que usted siente, digamos, una ligera desconfianza hacia mí.

—La verdad es que no sé qué pensar —musitó Daisy.

—Entonces vamos a hacer las cosas de modo que todos sepamos

qué pensar. Iremos ahora mismo a visitar de nuevo al señor Seo... Oh, un momento, por favor.

Kelly volvió a descolgar el auricular, marcó un número, y esta vez sí obtuvo contestación. Dijo unas pocas palabras en chino rápidamente, le contestaron, volvió a hablar en chino aún más brevemente que antes, y colgó el auricular. Cuando miró a Daisy Norimitsu, ésta le contemplaba con desconfianza creciente.

—¿Por qué ha llamado usted a uno de sus amigos para que nos espere en Murray Road? —preguntó la muchacha.

—Ya lo verá. Vamos a ver ahora mismo al señor Seo.

Kelly recogió el tubo metálico en el que estaba el Makimono, y se dirigió hacia la puerta de la salita. Una vez allí se volvió a mirar, interrogante, a Daisy, que continuaba sentada. La muchacha hizo un gesto entre desconcertado y disgustado, se puso en pie, y se reunió con el doctor Kelly Shaw, cuarto Dan de judo.

Un par de minutos más tarde estaban viajando en el coche del judoka en dirección al lugar de la cita con el amigo de Kelly, con el cual éste había hablado en chino. Y diez o doce minutos más tarde, el coche se detenía en el lugar convenido. Inmediatamente, la cabeza de un chino joven y sonriente apareció en la ventanilla. Al ver la indiscutible belleza de la acompañante de Shaw, volvió a mirar a éste y le guiñó un ojo. Kelly también sonrió, tendiéndole el tubo que contenía el Makimono.

—Llévate esto, Hsiang —dijo—; y guárdalo hasta que yo te llame. No le digas a nadie que te has entrevistado conmigo y que te he entregado ninguna clase de paquete. Simplemente, llévatelo, guárdalo, y espera mi nueva llamada.

—Muy bien —asintió el chino, llamado Hsiang—. ¿Has ligado, doctor Kelly?

—¡Vete al demonio! —farfulló el norteamericano.

—Los dos se van a ir al demonio si no me entregan inmediatamente ese estuche —se oyó la voz de Daisy Norimitsu.

Los dos la miraron, y mientras el chinito quedaba boquiabierto, el ceño de Kelly Shaw se frunció al ver de nuevo la pistola en la mano de la muchacha.

—Vamos, no haga tonterías —refunfuñó—. Estamos intentando encontrar una solución amistosa para todos en este desconcertante asunto. ¿No es así?

—Quiero el Makimono —insistió la muchacha.

—Lo que quiere usted es que le parta la cara en lugar de arrebatarle con delicadeza la pistola, como hice antes. ¡Deme ese trasto y tengamos la fiesta en paz!

—No tengo por qué confiar en usted —movió Daisy la pistola—. Dígale a su amigo Hsiang que me entregue el estuche.

—No se lo voy a decir. De modo, señorita Norimitsu, que si realmente piensa usted utilizar su pistola, puede empezar a hacerlo desde este mismo momento. Porque yo voy a continuar conduciendo el coche y Hsiang se va a marchar con el Makimono. ¿Está esto bien claro?

—Si antes de tres segundos no me han entregado el Makimono, empezaré a disparar —aseguró Daisy—. Y comienzo a contar ahora mismo: uno, dos, tres…

El número tres quedó vibrando en el aire, pero ni Hsiang se movió de la ventanilla, ni Kelly Shaw tomó iniciativa alguna. La muchacha vaciló, abrió la boca y finalmente soltó una especie de gemido de derrota. Tranquilamente, Kelly Shaw le quitó la pistola de la mano, se la entregó a Hsiang y dijo:

—Tira esa porquería por cualquier sitio donde nadie pueda recuperarla jamás, Hsiang. Y quédate esperando mi llamada.

—Muy bien. Oye, tiene mal genio tu amiga, ¿verdad?

—Es una cretina —farfulló Kelly Shaw.

Y sin más, puso de nuevo en marcha el coche.

CAPÍTULO IV

Esta vez Kelly Shaw detuvo el coche delante mismo de la entrada al jardín que rodeaba la bonita casa donde vivía Motoi Seo. Se apearon los dos, se quedaron mirando la casa unos segundos, y por fin, a una seña de Kelly, se dirigieron hacia allí. Durante el breve trayecto por el jardín, no vieron a nadie. Ni tampoco vieron luz alguna en la casa.

—Parece que no hay nadie... —murmuró Daisy.

Kelly ni siquiera la miró. Llegaron los dos al porche y el judoka pulsó el timbre de la puerta. No hubo respuesta alguna, así que volvió a hacerlo. Tampoco esta vez hubo respuesta... De pronto, Daisy Norimitsu adelantó un paso, y con una mano empujó la puerta, que cedió silenciosamente hacia el interior. Se miraron los dos, un tanto desconcertados, pero Kelly tomó de nuevo la iniciativa rápidamente. Acabó de abrir la puerta, buscó el interruptor de la luz, y cuando el vestíbulo quedó iluminado, entraron los dos. Kelly cerró la puerta tras ellos y miró a todos lados. No había nadie a la vista, ni se oía el menor sonido que indicase presencia humana alguna.

Kelly hizo una seña a Daisy, y los dos se dirigieron hacia la doble puerta de la sala en que antes Motoi Seo había recibido al budoka norteamericano. Este abrió, también, la doble puerta, encendió la luz de la sala... y en el acto palideció, contemplando el sangriento cuadro que se ofrecía ante sus ojos. Junto a él, Daisy Norimitsu emitió un gemido y se llevó las manos a la boca. Sus desorbitados ojos contemplaron un instante la escena y luego se cerraron rápidamente.

—¡Santo cielo! —exclamó Kelly Shaw.

El que más destacaba al primer golpe de vista era precisamente Motoi Seo. Estaba sentado en uno de los sillones, atado sólidamente a éste. Su rostro se veía completamente manchado de sangre, y sus ropas desgarradas permitían ver las numerosas heridas que habían lacerado su flaco y oscuro cuerpo.

Pero casi en seguida, tendidos en el suelo grotescamente, Kelly Shaw vio a los tres jóvenes con los que había tenido, poco antes, un encuentro amistoso.

Comprendiendo en el acto que Motoi Seo estaba muerto, se apresuró a examinar a Saburo, Moshiro y Tasuku.

Pero, como su jefe, los tres budokas japoneses estaban muertos. No se veía en ellos, como en Motoi Seo, signos de haber sido torturados. Simplemente, habían sido acribillados a balazos.

Kelly fue entonces a examinar también a Motoi Seo. No hacía falta ser médico para comprender que, efectivamente, el viejo japonés

estaba muerto. Todavía pálido, Kelly se volvió hacia Daisy Norimitsu, que continuaba en el mismo sitio, como clavada en el suelo.

—Supongo —murmuró—, que todo esto no tiene nada que ver con usted o con sus amigos de usted, señorita Norimitsu.

La muchacha pudo reaccionar por fin, primero moviendo la cabeza negativamente, y luego haciéndolo de viva voz.

—¡Claro que no! ¡Por supuesto que no!

—Supongo que no hace falta que le diga que tampoco yo he tenido parte alguna en esta salvaje masacre. ¿Qué habría ganado asesinando a esta gente, si ya tengo el Makimono?

Daisy no contestó. Se acercó con paso un tanto vacilante a uno de los sillones, y se dejó caer en él. Kelly Shaw asintió con un gesto y miró a su alrededor, aunque no sabía qué miraba ni qué esperaba ver. Todo lo que había allí eran cuatro cadáveres. Los cadáveres de cuatro hombres que no hacía mucho habían departido con él en un plan realmente amistoso..., tras una pequeña broma que simplemente había resultado un simple entrenamiento de judo para Kelly Shaw.

—Bueno —murmuró por fin el budoka—. Supongo que no tenemos más remedio que llamar a la policía.

Daisy no contestó. Kelly Shaw se fue hacia el teléfono, descolgó el auricular... y fue entonces cuando oyó la voz en el umbral de la sala.

—No toque ese teléfono.

Kelly quedó inmóvil, con la mano sobre el auricular. Luego, lentamente, se volvió a mirar hacia la puerta. Daisy ya estaba mirando con expresión sobresaltada a los cuatro hombres que había allí. Dos de ellos tenían una pistola; otro, tenía un cuchillo; y el cuarto, el que estaba más adelantado y evidentemente el que había hablado, no tenía arma alguna visible. Sólo el del cuchillo era chino; los otros tres eran japoneses. Y Kelly Shaw, tras mirar rápidamente a uno y otro, centró su atención en el que estaba desarmado.

—¿Quiénes son ustedes? —gruñó.

—Nosotros haremos las preguntas —replicó el japonés—. ¿Dónde está el Makimono de Motoi Seo?

—No lo sé.

—Acabamos de oírle decir que lo tiene usted. Le sugiero que nos lo entregue o...

—O me torturarán y me matarán como han hecho con el señor Seo y sus amigos.

—Usted es muy listo, ¿verdad? —refunfuñó el japonés—. Pero yo sé cómo tratar a los listos como usted, de modo que si no me entrega el Makimono no tendré más remedio que demostrárselo.

—Ya le he dicho que no sé dónde está.

—Y yo le he oído perfectamente decir que lo tiene usted.

—Lo tenía. Ya no lo tengo.

—Estamos perdiendo aquí demasiado tiempo, Katsuo —dijo el chino.

—Tranquilízate, Pieng —dijo el japonés Katsuo, sin mirarlo—. Solamente nosotros y estas dos personas sabemos lo que ha ocurrido con Motoi Seo y sus hombres. De modo que no tenemos por qué precipitamos. En cuanto a este caballero, cuyo nombre es...

—Shaw —dijo secamente éste—. Kelly Shaw, doctor en medicina.

—¡Oh, un médico! —sonrió fríamente Katsuo—. Bueno, quizá usted está capacitado para curarse a sí mismo las heridas que va a tener dentro de muy poco, doctor Shaw.

—Quizá —admitió Kelly.

Katsuo hizo una seña en dirección a los dos japoneses armados con las pistolas.

—Tamori, Seigo —refunfuñó—. Dadle una lección al doctor Shaw, pero no le matéis. Naturalmente, le necesitamos vivo para que después de convencerlo adecuadamente, nos diga dónde está el Makimono de Motoi Seo.

Seigo y Tamori asintieron, y se acercaron a Kelly Shaw, blandiendo las pistolas, pero con los dedos fuera de los gatillos. Estaba bien claro que se disponían a utilizarlas como armas de impacto, solamente. Seigo fue el primero en llegar hasta Kelly Shaw, que no se había movido. El japonés alzó el arma y se dispuso a lanzar un golpe contra el hombro del norteamericano..., el cual saltó sorpresivamente hacia adelante, retuvo el brazo derecho de Seigo con su mano izquierda, puso la derecha en la barbilla del japonés, y pasó su pierna derecha rozando la cadera derecha del nipón. Después de que su pierna hubo rebasado el cuerpo del japonés, Kelly Shaw la recogió, rígida, disparándola con terrible fuerza hacia atrás, al mismo tiempo que su cuerpo basculaba hacia adelante y su mano derecha empujaba la barbilla del japonés.

Fue un *o soto gari* escalofriante. El chino salió disparado hacia atrás con una fuerza terrible, y cayó de espaldas, resonando todo su cuerpo y su cabeza contra el suelo.

Pero al mismo tiempo que sucedía esto, Tamori se acercaba lateralmente a Shaw a toda velocidad, y descargaba un golpe con la pistola en los riñones del judoka. Este lanzó un berrido de dolor, cayó de rodillas y manos y quedó allí, paralizado por el dolor. Aún estaba así cuando el chino Pieng se acercó a él y le propinó un puntapié en el costado. Kelly Shaw lanzó un berrido, giró en el aire, cayó al suelo y tras rodar rápidamente por éste, se puso en pie y se encaró al chino y al japonés. Seigo continuaba inmóvil en el suelo, sin sentido.

—Vamos, vamos —dijo Katsuo—. ¡No me obliguéis a intervenir

a mí!

Pieng refunfuñó algo, se adelantó furiosamente hacia Kelly Shaw e hizo un amago con el cuchillo, como queriendo pincharlo... Pero este gesto estaba dedicado exclusivamente a distraer la atención de Kelly, mientras el pie derecho del chino subía velozmente hacia los genitales del norteamericano. La reacción de Kelly Shaw fue fulgurante. Efectuó un velocísimo *taisabaki* moviéndose como una puerta que se abre, y la pierna de Pieng pasó por delante de su vientre. Kelly la agarró, giró un poco, y lanzó a su vez el pie derecho, que alcanzó de lleno en los testículos del chino. Este lanzó un alarido, efectuó un grotesco salto y cayó de bruces, encogido, formando una bola. Al mismo tiempo, Tamori lanzaba otro golpe de pistola, esta vez hacia la cabeza de Shaw. Pero tras el *taisabaki* y la réplica fulminante a Pieng, Kelly estaba prevenido y esperando aquel ataque.

Solamente se apartó un poco y la pistola pasó rozando su cabeza verticalmente. Debido al impulso del golpe, Tamori se venció hacia la posición de Kelly Shaw, que lo agarró por el brazo armado por la pistola y por la ropa del pecho, se lo cargó un instante en la cadera derecha, flexionó las piernas, y se inclinó hacia adelante, girando la cabeza hacia la izquierda y tirando de sus manos que hacían presa en el cuerpo del japonés.

El *tsuri komi goshi* de judo fue impecable y alucinante. Tamori salió lanzado, como rebotando en la cadera del judoka, y su vuelo fue tan largo y espectacular que casi acabó cuatro metros más allá, contra la pared, mientras en el aire resonaba todavía el *kiai* con el que Kelly Shaw había apoyado su vigoroso esfuerzo.

—¡ *TOOóooOOOOOO...*!

Todavía estaba Tamori rebotando con toda su espalda y cabeza abajo contra la pared, cuando Katsuo cargaba furiosamente contra Kelly, farfullando:

—¡Te voy a romper todos los...!

Kelly Shaw le agarró por la ropa del brazo derecho y por la del pecho, sin importarle el golpe que Katsuo aplicaba duramente a su rostro. Como si no hubiese recibido impacto alguno, el judoka, una vez asido su adversario adecuadamente, giró colocándose casi de espaldas a él y, sin dejar de tirar del brazo derecho y de la ropa de Katsuo en dirección a la marcha que seguía éste, lanzó su pierna derecha hacia atrás, por entre las piernas del japonés, al mismo tiempo que se inclinaba fuertemente hacia adelante, tanto, que su cabeza casi tocó el suelo.

—¡*TOOOOóoooOOOO...!* —resonó de nuevo el *kiai* de Kelly Shaw.

Y víctima del escalofriante *uchi mata,* Katsuo efectuó un largo vuelo, gritando y manoteando en el aire, buscando, por supuesto en

vano, algo a qué asirse. Llegó a caer, retorcido, sobre el sofá, rebotó en éste y cayó boca abajo y como en actitud de oración.

—Me parece —dijo Kelly Shaw— que sin usar las pistolas la cosa no les resulta tan fácil.

Katsuo, Tamori y Pieng, que se ponía en pie tambaleante, miraron torvamente a Kelly Shaw, de nuevo dispuestos para el ataque.

Pero entonces intervino Seigo, al cual habían olvidado todos. Seigo, que había recuperado el conocimiento, se había apresurado a recoger su pistola que había quedado en el suelo, y ahora estaba detrás del sillón que ocupaba Daisy Norimitsu, a la que aferró con el brazo izquierdo por el cuello, y puso la boca de la pistola en una oreja de la muchacha.

—A ti no vamos a matarte —dijo, con voz vibrante de odio—, pero le voy a meter una bala en la cabeza a ella si no nos dices inmediatamente dónde está el Makimono.

Daisy, pálida como un cadáver, reaccionó de un modo que sorprendió a todos, incluso a Kelly Shaw.

—¡No, doctor Shaw! Por favor, no les diga dónde está el Makimono... ¡Aunque me maten!

—Pero Daisy... —vaciló Kelly.

—¡No se lo diga! ¡Mi muerte no significa nada en comparación a lo que puede ocurrir según a qué manos vaya a parar ese Makimono!

—No puedo hacer eso —casi tartamudeó Kelly—. ¿Cómo voy a permitir que en mi presencia...?

—¡Le digo que no les entregue el Makimono, hagan lo que hagan! ¡Todo lo que hay que hacer con ese maldito cuadro es destruirlo de una vez por todas!

—¿Destruirlo? —respingó Kelly—. ¡Pero...!

Tamori se acercó rápidamente a Kelly Shaw por la espalda, y antes de que el judoka terminase su exclamación o pudiese reaccionar de algún modo, le golpeó en la parte posterior de la cabeza.

Kelly Shaw cayó, como fulminado, al suelo, sangrando levemente por la recién abierta brecha. Y por supuesto sin conocimiento. A fin de cuentas era solamente un hombre.

—Yo creo —dijo inmediatamente Tamori, adelantándose a la posible opinión de Katsuo— que lo mejor es que nos larguemos de aquí cuanto antes. Y por supuesto, que nos los llevemos a los dos.

—Quizá tengas razón —admitió Katsuo—. ¡Ya veremos si nos dicen, o no, dónde está el Makimono!

* * *

En determinado momento, Kelly Shaw estuvo camino de la recuperación del conocimiento, pero cuando empezaba a ver sombras y luces a su alrededor, notó una terrible presión en un lado del cuello

e inmediatamente volvió a hundirse en la más negra oscuridad.

La siguiente vez que empezó a recuperar el conocimiento, ya nada le perturbó en modo alguno. Primero vio una leve claridad, que se intensifico al abrir un poco más los ojos. Entonces fue cegadora, y cerró los párpados para proteger las pupilas. Volvió a abrirlos lentamente, y tras contemplar un blanco techo, vio a Daisy Norimitsu, que le miraba con una amable sonrisita de consternación.

—¿Cómo se siente, doctor Shaw? —preguntó la muchacha.

Kelly Shaw refunfuñó algo, hizo intención de moverse y entonces notó el dolor en la parte posterior de la cabeza. Se llevó la mano allí, se tocó el esparadrapo y frunció el ceño.

—¿Qué ha ocurrido? —masculló.

—Le golpearon por detrás. Luego, cuando nos traían aquí en un coche, Katsuo le aplicó un *atemi* en el cuello, y usted volvió a perder el conocimiento. Pero ya no tenemos que preocuparnos por nada doctor Shaw.

—¿Cómo que no tenemos que preocupamos por nada? —masculló Kelly—. ¿Es que aquellos tipos nos han dejado marchar tranquilamente?

—Desde luego que no, doctor Shaw —llegó una voz desconocida —. Y créame usted que todos lamentamos mucho lo ocurrido.

Al oír aquella voz, Kelly se sorprendió. Acto seguido, y ayudado presurosamente por Daisy, se sentó. Estaba... es decir, había estado tendido en un sofá. Ahora, sentado, vio por un lado de Daisy a la persona que había hablado.

Era un japonés de enorme gordura, que ocupaba apaciblemente con su enorme trasero un gran sillón de indudable confort. Su cabeza estaba afeitada completamente y sus negrísimos ojos sonrientes parecían perderse entre las protuberancias de grasa de su redondo rostro brillante.

Pero esta imagen, que de por sí era tranquilizadora, pues el japonés parecía la persona más amable y bonachona del mundo, se estropeó muy pronto cuando, por detrás de este japonés. Kelly Shaw vio a los cuatro hombres que le habían golpeado en la casa de Motoi Seo.

Desconcertado, miró a Daisy Norimitsu, que se sentó a su lado y le tomó una mano.

—Estamos entre amigos, doctor Shaw.

—¿De veras? —masculló una vez más Kelly, fulminando con la mirada a Katsuo, Pieng, Tamori y Seigo—. ¡Pues no sé qué sería de nosotros si estuviéramos entre enemigos!

—Tiene usted razón, doctor Shaw —dijo amablemente el gordísimo japonés—. Pero nosotros esperamos que sea usted lo bastante inteligente y amable para perdonar a las personas que

cometen errores llevadas por su buena intención.

Kelly miró a Daisy.

—No comprendo una palabra de lo que dice este tipo.

—Se llama Isamu Kogure, doctor Shaw —sonrió Daisy—. Es un buen amigo, se lo aseguro. Fue precisamente, gracias a él, que yo tuve noticias de la existencia del Makimono de Motoi Seo.

—Permítame que se lo explique yo, señorita Norimitsu —dijo el japonés llamado Isamu Kogure—. Me siento obligado a darle una convincente explicación al doctor Shaw.

—Sí —dijo éste—. Me gustaría que me diese usted una explicación de todo esto, señor Kogure.

—En realidad es sencilla, aunque al no habernos conocido antes, todo se ha complicado un poco. Pero ya verá usted cómo después de escucharme nuestras relaciones serán de lo más cordiales.

—Magnífico, magnífico —dijo un tanto irónicamente Kelly.

—Como bien ha dicho la señorita Norimitsu, yo fui quien la avisó a ella de la existencia del Makimono que tanto nos está preocupando a todos. La señorita Norimitsu es un distinguido miembro de la distinguida familia japonesa Norimitsu. Pero, al casarse su madre con un británico, ella ha vivido toda su vida en Hong Kong. Ahora sus padres han fallecido, pero la señorita Norimitsu tiene todos sus intereses y su profesión aquí, en Hong Kong.

—¿Qué profesión?

—Soy modelo de fotógrafos y maniquí —sonrió Daisy.

Kelly Shaw la miró especulativamente de arriba abajo. Y luego refunfuñó:

—No me extraña. Con ese cuerpo yo también sería más o menos lo mismo que usted.

—Sí… —rió Isamu Kogure—. La señorita Norimitsu es realmente bella. Y aunque no soy partidario de que la raza japonesa, especialmente, se mezcle con ninguna otra, debo admitir que en esta ocasión los resultados han sido… digamos espectaculares.

—Sí, sí, espectaculares… —farfulló Shaw—. ¿Por qué no continúa usted con su explicación?

—Como le decía, yo conocía a la señorita Norimitsu, y sabía que era una pequeña rama de la poderosa y distinguida familia Norimitsu, residente en Japón. Por determinados conductos tuve noticia de la existencia del Makimono de Motoi Seo, y entonces me personé en casa de éste dispuesto a comprárselo. Motoi Seo se negó a vendérmelo, y no hubo manera de convencerlo. Entonces, fui a visitar a la señorita Norimitsu y la puse al corriente de la existencia de ese Makimono. Naturalmente, cuando le expliqué lo que se relataba gráficamente en el Makimono, la señorita Norimitsu comprendió el gran peligro que significaba esa preciosa pintura japonesa.

—¿Gran peligro? ¿Qué gran peligro?

—Calma, doctor Shaw, calma. Iremos llegando a todo. Diremos, en primer lugar, que mi temor consistía en que Motoi Seo estuviese dispuesto a… negociar de un modo pernicioso el Makimono. Así que, esta misma noche, y admitiendo por adelantado que mi actitud no era ni mucho menos correcta, envié a Katsuo y mis otros empleados a casa de Motoi Seo para conseguir el Makimono, fuera como fuese. Ahora ya sé por qué mis hombres no encontraron el Makimono…, y por qué encontraron muertos a los servidores de Motoi Seo…, y a éste también muerto y torturado.

—Un momento —entornó los párpados Kelly—. ¿Me está usted diciendo que sus hombres no fueron los que asesinaron a Motoi Seo y a sus amigos?

—Por supuesto que no —se crisparon las facciones de Isamu Kogure—. ¡Vamos, vamos, doctor Shaw, sea usted consecuente! Si mis intenciones hubieran sido ésas, no hubiera comenzado todo este asunto poniendo sobre aviso a la señorita Norimitsu sobre la existencia del Makimono.

—Eso tiene sentido —admitió Kelly.

—Naturalmente. Ahora sé que la señorita Norimitsu tuvo la misma idea que yo, pero precipitándose un poco, adelantando la hora que a mí me parecía conveniente para la incursión a la casa de Motoi Seo. Y sé también que, antes de que ella pudiera ni tan siquiera intentar conseguir el Makimono, el señor Seo se lo entregó a usted. ¿No es así?

—Así es —asintió Kelly.

—Bien… ¿Podemos contar ahora con que nos entregará usted el Makimono?

—No —negó secamente Kelly Shaw—. Espero que la señorita Norimitsu le haya dicho a usted que mi cometido consiste en llevarlo a cierta persona que está en Japón.

—Sí, en efecto. La señorita Norimitsu nos ha informado de ello. Pero nosotros tememos que las intenciones de Motoi Seo fueran a deteriorar mucho cierta situación amistosa entre los Norimitsu y los Yoshimura en Japón. Por eso, tanto ella como nosotros queremos el Makimono. ¿Será usted tan amable de entregárnoslo?

—No. No voy a entregar el Makimono a nadie más que a su destinatario. Y además, puesto que están ustedes en plan tan razonable y honorable, creo que lo primero que tenemos que hacer es avisar a la policía respecto al asesinato de Motoi Seo y sus…

—Tranquilícese, doctor Shaw —movió sus regordetas manos Isamu Kogure—. La policía ya ha sido avisada anónimamente de lo sucedido, y por el momento vamos a .dejar que investiguen por su cuenta lo que ha sucedido en la casa de Motoi Seo. Más adelante,

cuando ese Makimono haya tenido el destino que le corresponde, yo personalmente iré a la policía para explicar lo que sabemos del asunto.

—¿Y qué sabemos?

—En realidad, poca cosa. Lo único, parece ser, es que nosotros queríamos un Makimono y también lo querían otras personas, que llegaron después de marcharse usted y la señorita Norimitsu, y antes de que llegaran mis hombres..., y torturaron y mataron a Motoi Seo. Yo creo que debemos guardamos todos de esas personas. Si se enteran de que tiene usted el Makimono...

—¿Y por qué habrían de enterarse?

—Bueno —sonrió Kogure—. Me enteré yo, luego se lo dije a la señorita Norimitsu..., y luego, no olvide usted que Motoi Seo fue torturado antes de morir. Puestas así las cosas, no sería sorprendente que Seo dijera a sus asesinos a quién había entregado el Makimono. Eso le coloca a usted en una posición realmente peligrosa; espero que lo comprenda.

—¿Ha oído usted hablar de la Kuro Arashi? —preguntó Kelly.

Hubo un parpadeo de sorpresa en los ojos de Isamu Kogure, que asintió.

—En efecto. He oído hablar de esa extraña organización.

—Bueno, puede que a usted le parezca extraña, pero a mí me parece maravillosa, señor Kogure. El señor Seo me pidió, en nombre de la Kuro Arashi, que llevase el Makimono a una persona que está en Tokio. Yo también pertenezco a la Kuro Arashi, de modo que no podrá usted decir ni hacer nada que me convenza de que no debo viajar con el Makimono para entregarlo a su destinatario único y exclusivo en Tokio.

—Entiendo... ¿Y qué destino dará esa persona en Tokio al Makimono, doctor Shaw?

—Lo ignoro. Pero sea cual sea, puede estar usted seguro de que no perjudicará a nadie. Al contrario, cualquiera que sean los designios del destinatario del Makimono, puede tener la certeza de que serán honorables y bondadosos.

—Bien... En ese caso quizá yo no deba insistir. Si ésas van a ser las decisiones de su receptor de Tokio, le diré que estamos completamente de acuerdo, de modo que ya no me inquieta el destino del Makimono. Tenemos, entonces, que piensa usted viajar a Tokio, doctor Shaw.

—Así es. Marcharé mañana por la mañana en la motonave *Abukuma,* si es que encuentro pasaje en ella.

—¿En un barco? —se sorprendió Kogure—. ¿Y por qué no en avión? ¡Sería mucho más rápido!

—Sí. Pero Motoi Seo me dio algunas razones para que yo

prefiera viajar en barco. Si alguien me conociese, y eso parece probable después de que han torturado a Motoi Seo, un ataque contra mi persona en un avión podría tener malas consecuencias, no sólo para mí, sino para el resto del pasaje. En cambio, en un barco, si alguien me ataca le va a ser mucho más difícil controlarme en cualquier sentido.

—Es buena idea —admitió Isamu Kogure—. Y creo que podré facilitarle a usted las cosas en ese sentido. Estoy casi convencido de que no tendré dificultades para conseguirle un pasaje para el *Abukama.*

—Dos —dijo Daisy.

—¿Perdón? —la miró Kogure, interrogante.

—Dos pasajes, señor Kogure, si no le importa. Yo partiré con el doctor Shaw hacia Tokio en el *Abukama.*

—Fantástico —la miró Kelly—. ¿Se ha enamorado usted de mí, señorita Norimitsu?

—¡Claro que no! —exclamó la muchacha.

—Ah, entonces, su deseo de acompañarme significa exclusivamente que desconfía de mí. ¿No es así?

—Bueno… No es que desconfíe de usted, doctor Shaw, pero…

—Pero no se fía ni un pelo, vamos —masculló Kelly.

—Escuche —refunfuñó Daisy—, yo no tengo a nadie aquí en Hong Kong, y hace tiempo que no voy al Japón a ver a mi extensa familia. ¿Qué tiene de malo que aproveche esta circunstancia para viajar con usted en el *Abukuma?*

—De malo, nada. Pero preferiría que fuese por motivos de simpatía y no de desconfianza.

—Podríamos hacer una cosa —intervino Isamu Kogure, riendo amablemente—. Sacaré pasajes para todos nosotros y…

—¿Para usted también? —lo miró vivamente Kelly—. ¿Por qué?

—Porque, señor Shaw, no quisiera que alguien le molestara a usted durante el viaje. Y si alguien le molesta, creo que será tranquilizador para todos saber que yo y mis empleados estaremos lo bastante cerca de usted para resolver esas… molestias.

—Yo no necesito guardaespaldas.

—Evidentemente, es así —volvió a reír Isamu Kogure—. Katsuo me ha explicado que es usted una persona de cuidado. Al parecer tiene usted algunos conocimientos de judo.

—Sí, algunos —dijo irónicamente Kelly Shaw.

—Bien, de todos modos, admita usted que por muy judoka que sea, no podría nada contra unas pistolas. Seguramente, resolvería con cierta facilidad una peligrosa situación en la que intervinieran cuchillos, pero, doctor Shaw, cuando las balas entran en juego, las artes marciales tienen muy poco que hacer.

Kelly vaciló, y Daisy aprovechó el momento para decir:

—El señor Kogure tiene razón. No creo que sea razonable por parte de usted arriesgarse no sólo a que le maten, sino a que le arrebaten el Makimono y lo utilicen para fines criminales.

—Esta es buena —se pasmó Kelly—. ¿Qué clase de fines criminales pueden conseguirse con una simple tela pintada con dibujos guerreros?

Durante unos segundos reinó el silencio. Kelly, sorprendido, miraba de Daisy a Isamu Kogure, y de éste a la muchacha. Por fin, Isamu Kogure movió una mano, con un gesto ambiguo, y murmuró:

—Usted, evidentemente, desconoce el contenido del Makimono, doctor Shaw.

—¡Claro que no! He visto perfectamente los grabados de ese Makimono.

—SI, sí... Eso lo creo. Pero no tiene usted idea de lo que expresan.

—Expresan una violenta trifulca entre dos bandos de samurais.

—En efecto. Y habrá usted observado, quizá, que uno de los bandos, mucho más numeroso, está realizando una auténtica masacre con el Otro.

—Sí... Es cierto, ahora que recuerdo, por los distintivos de los samurais, uno de los grupos era más numeroso y estaba haciendo pedazos a los samurais del otro grupo o clan.

—Así es. Pero..., ¿sabe usted cuáles son esos dos grupos de samurais que están luchando?

—No... No conozco sus emblemas, naturalmente.

—Yo sí los conozco, y naturalmente, la señorita Norimitsu. Esos dos grupos de samurais son de las familias Norimitsu y Yoshimura.

Kelly miró vivamente a la muchacha.

—¿Quiere decir que uno de los bandos eran descendientes de usted, de los Norimitsu?

—Sí. Y los Yoshimura, de los que ya le hablé a usted antes, forman el otro grupo. Ese Makimono fue pintado hace unos ciento treinta años por un gran artista que desapareció con su obra. El Makimono fue olvidado, y finalmente se llegó a dudar de su existencia. En la actualidad, no sólo estaría considerado como una leyenda, sino que los actuales Norimitsu y Yoshimura ni siquiera tienen noticias de la existencia de ese Makimono.

—Y sería muy desagradable —intervino de nuevo

Kogure—, que alguien consiguiera el Makimono y lo pusiera en manos de los Norimitsu.

—¿Por qué, precisamente, de los Norimitsu? —preguntó Kelly.

—Porque los Norimitsu, es decir, los ascendientes de la señorita Norimitsu, fueron los más perjudicados en esa batalla entre samurais.

Los Norimitsu eran los menos numerosos, los que fueron masacrados salvajemente por los ascendientes de los Yoshimura.

—Ya... Pero, bueno, eso ocurrió hace más de cien años, ¿verdad?

—Usted, doctor Shaw, evidentemente, no conoce lo bastante bien a los japoneses —sonrió, desganadamente, Isamu Kogure—. Tenga en cuenta que en ese enfrentamiento entre clanes de samurais había una gran disparidad de fuerzas. Eso no sería considerado como honorable, sino como una ventaja abusiva y cruel por parte de los Yoshimura. Aunque el Bushido, o código del guerrero, no dice nada respecto id número de contendientes de cada bando, está bien claro que, en nuestra mentalidad japonesa, esa desproporción de enemigos resulta un tanto... criminal, por decirlo así. De modo que aunque en el código del guerrero no se especifique, como digo, el número de guerreros, los Norimitsu podrían enfadarse mucho si llegaran a ver ese Makimono, en el que queda reflejada la gran diferencia de fuerzas en aquella contienda.

—Bueno, pues eso es muy fácil de evitar. Simplemente, evitemos que el Makimono llegue a manos de los Norimitsu.

—En eso estábamos la señorita Norimitsu y yo —sonrió Isamu Kogure—. Y fue entonces cuando intervino usted; y posteriormente los asesinos de Motoi Seo.

Kelly miró fijamente a Daisy, y murmuró:

—¿Quiere decir que usted, aunque sea una Norimitsu, es decir, una descendiente de la familia masacrada, está esforzándose en evitar que su familia tenga conocimiento de ello?

—Desde luego —murmuró también Daisy Norimitsu—. Si el Makimono llegase a manos de mi familia, incluso después de haber pasado más de cien años, comenzarían a pasar cosas realmente terribles entre los actuales Norimitsu y Yoshimura. Y eso es lo que tratamos de evitar, precisamente, el señor Kogure y yo.

—¿Incluso siendo usted una Norimitsu?

—Doctor Shaw: ¿le parecería a usted razonable que las actuales familias Norimitsu y Yoshimura se enzarzaran en una lucha a muerte, hasta el exterminio, por lo que ocurrió hace ciento cincuenta años?

—Claro que no.

—Pues a nosotros tampoco nos parece razonable... —intervino otra vez Isamu Kogure—. Y por eso queremos impedir que alguien intente negociar el Makimono con los Norimitsu..., que es lo que me temo que están tramando. Los Norimitsu pagarían mucho dinero por conseguir ese Makimono..., y acto seguido dedicarse a ajustar las cuentas con los Yoshimura. Ya le digo, doctor Shaw, que usted no conoce a fondo la mente japonesa.

—He tratado con muchos japoneses —musitó Kelly—, y debo

decirle que la mayoría de ellos me han parecido inteligentes y personas dignas de admiración en muchos sentidos, señor Kogure.

—Sin duda. Pero un japonés, doctor Shaw, jamás, jamás, ofrecerá el verdadero contenido de su mente a nadie. Y menos a un occidental.

—Quizá esté en lo cierto —asintió Kelly—. Tengo muy buenos amigos japoneses, e, incluso hablo aceptablemente este idioma. Pero en ocasiones me ha parecido chocar con una especie de barrera mental que me separaba de muchos de ellos.

—Su explicación es bastante aceptable respecto a la mentalidad japonesa —asintió Isamu Kogure—. Bien, doctor Shaw... Ahora que sabe usted la verdad sobre el Makimono y lo que nosotros pretendemos con él..., ¿nos lo entregará?

Kelly miró de nuevo a Daisy.

—Ahora entiendo por qué dijo usted que teníamos que destruirlo. ¿Es eso lo que quieren hacer con el Makimono? ¿Destruirlo?

—Sería lo más conveniente —asintió Daisy.

Kelly permaneció pensativo durante más de medio minuto. Por fin hizo un gesto como pidiendo disculpas.

—Comprendo perfectamente lo que dicen ustedes, y, para ser sincero, estoy de acuerdo con sus intenciones sobre ese Makimono. Sin embargo, yo confío tan plenamente en la persona que ha de recibirlo, que tengo la certeza de que esa persona lo destruirá, si así conviene... O quizá, incluso, esa persona conozca un destino mejor para el Makimono.

—En definitiva —murmuró Kogure—, que piensa usted llevar el Makimono a Tokio.

—Sí.

—Está bien —suspiró el gordísimo japonés—. Entonces, me ocuparé de conseguir pasaje, para todos, en el *Abukuma.* Y no se preocupe usted, no le molestaremos durante el viaje, doctor Shaw. Al contrario, si llegase el momento en que nos necesitase, podría recurrir a nosotros. Mientras tanto, les quedo muy agradecido por aceptar mi invitación.

—¿Qué invitación? —se sorprendió Kelly.

—La de pasar la noche en mi casa.

—¿Aquí? ¿Por qué?

—Porque mucho me temo, doctor Shaw, que si volviese usted a su apartamento, podrían complicarse todavía más las cosas,> y lo mismo pienso respecto a la señorita Norimitsu, naturalmente.

—No olvide —apoyó Daisy a Kogure—, que los hombres que mataron a Motoi Seo, antes lo torturaron. Sin la menor duda, esas personas saben que Motoi Seo le entregó el Makimono a usted. Y no

dudemos que serán muy capaces de localizar su apartamento y su consultorio.

—Me parece razonable —tuvo que admitir Kelly.

—Magnífico —aprobó Isamu Kogure su decisión—. A nuestra llegada a Tokio, tendré mucho gusto en alojarles, también, en mi casa de allí.

—¿Tiene usted también casa en Tokio?

Isamu Kogure sonrió bonachonamente.

—Doctor Shaw, yo soy un hombre... rico. Tengo casa en Hong Kong, en Macao, en Taipeh y en Tokio.

—¡Caramba! —se admiró Kelly.

Isamu Kogure lanzó una carcajada.

—No se impresione demasiado. En realidad, me veo obligado a ello por mis negocios. Y es precisamente debido a esos negocios que hace tiempo conozco a los Norimitsu y a los Yoshimura. En ocasiones incluso hemos tenido negocios en común, y de un modo u otro coincidimos muchas veces en diversos mercados de colocación de nuestros productos. Sé muy bien el terreno que piso en todo momento, doctor Shaw.

—Así parece.

—Bien. En Tokio podrán ustedes disponer de mi casa, que está a su disposición en la Kurame Avenue, cerca del cruce con la Avenida R. Mientras tanto, creo que deberían ustedes retirarse a descansar, y yo me ocuparé de conseguir esos pasajes en el *Abukuma.*

—Está bien —aceptó Kelly—. ¿Sabe lo que no me gusta de usted, señor Kogure?

—Pues no —casi se sobresaltó el gordísimo japonés—. ¿Qué es lo que no le gusta?

—Que utilice hombres armados.

—Bueno..., supongo que se refiere usted a armas de fuego, ya que el Bushido, y concretamente las artes marciales, permiten el uso de determinadas armas.

—Las armas que permiten las artes marciales, señor Kogure, y supongo que usted lo sabe perfectamente, son todas de las que requieren una gran destreza para utilizarlas. Para utilizar una pistola, basta simplemente apretar el gatillo. Para utilizar una de las armas que se utilizan en las artes marciales, hay que entretenerse durante muchos años si se quiere alcanzar la perfección. Una perfección que no sólo abarca el cuerpo, sino que va disciplinando la mente y los impulsos del ser humano, encauzándolo hacia unas actitudes nobles y generosas en la vida. ¿O no me he explicado bien?

—Ha explicado usted perfectamente lo que son las artes marciales, doctor Shaw —sonrió Kogure—. Y tendré en cuenta su disgusto hacia las armas de fuego.

—Muy amable. Y ahora, efectivamente... —Kelly se palpó el esparadrapo que cubría la herida de su cabeza— creo que me sentaría muy bien descansar unas cuantas horas.

—Katsuo les acompañará a sus respectivas habitaciones. Feliz descanso, señor... perdón, doctor Shaw.

—Buenas noches —dijo Kelly poniéndose en pie.

Segundos más tarde, en el piso de arriba, se despedía de Daisy Norimitsu, que entró en su habitación. Kelly lo hizo en la suya, y estaba a punto de cerrar, la puerta cuando apareció el sonriente rostro del japonés Katsuo.

—Siento lo que ocurrió entre nosotros, doctor Shaw. Pero como usted comprenderá...

—Tranquilo —sonrió como pudo Kelly Shaw—. No soy una persona rencorosa, Katsuo.

—Gracias. Ya verá como interviniendo el señor Kogure todo se soluciona adecuadamente.

—Por supuesto.

La cabeza de Katsuo desapareció y Kelly cerró la puerta. La habitación era del lujo llamado asiático, y Kelly Shaw, tras mirar a su alrededor, sonrió ceñudamente y se dirigió hacia la puerta que había a un lado. Efectivamente, era un cuarto de baño, y decidió, con muy buen criterio, que después de los golpes y disgustos recibidos, le sentaría de maravilla un baño caliente. Veinte minutos más tarde salía del cuarto de baño, ya seco y sin el esparadrapo en la cabeza. Las heridas en este lugar son así; o te matan o se curan rápidamente. Y para matar al judoka Kelly Shaw, realmente, hacía falta algo más que un simple golpe.

Con la pequeña toalla, única que había quedado seca después de su baño, Kelly Shaw apareció en el dormitorio, *y* dio tal respingo al ver a Daisy Norimitsu sentada en el borde de la cama, que casi le cayó la toalla que se sostenía precariamente en su cintura.

—¡Demonios! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí?

La muchacha se puso en pie y se acercó a él, sonriente. Entonces, reparó Kelly en que Daisy Norimitsu se había puesto la camisa de él. Y ésta era la única prenda que parecía llevar. La camisa le llegaba casi hasta las rodillas, concediendo a la muchacha un aspecto en verdad gracioso.

—Me ha parecido —murmuró Daisy— que le debía una petición de disculpas por todo mi comportamiento anterior. Y me pareció, también, que debía ofrecerle esas disculpas en privado.

—Está bien, está bien —farfulló Kelly—. Disculpas aceptadas. Y ahora, dígame qué hace usted con mi camisa.

—Me la he puesto.

Llegó frente a él y se quedó mirándolo sin dejar de sonreír.

—¿Y por qué se ha puesto mi camisa? —continuó farfullando el doctor Shaw

—Generalmente, duermo completamente desnuda, pero al encontrarme en un lugar desconocido como invitada, no me ha parecido conveniente Así que vine aquí a pedirle disculpas... y la camisa.

—Pues no me la ha pedido. Simplemente, la ha tomado.

—Si eso le molesta tanto...

Daisy Norimitsu comenzó a desabrochar la camisa de Kelly Shaw. Y éste se quedó atónito. En seguida, sonrió irónicamente, y pensó que la muchacha simplemente estaba iniciando aquel gesto para que él le dijera que podía quedarse con la camisa. Pues se iba a llevar un buen chasco. Así que, simplemente, Kelly Shaw permaneció en silencio mientras la muchacha se iba desabrochando la camisa.

Pero el chasco se lo llevó Kelly, porque Daisy Norimitsu, impávida, terminó de desabrochar la camisa, se la quitó y la tendió al norteamericano, que, estupefacto, observó que, en efecto, la muchacha no llevaba absolutamente nada más que la camisa. Es decir, la había llevado.

—Su camisa, doctor Shaw.

La mirada del judoka contempló lentamente, de arriba abajo, el espléndido cuerpo femenino que se ofrecía completamente ante sus ojos. Daisy Norimitsu era tan bella y delicada, que el budoka quedó sin aliento e incapaz de apartar sus ojos de las preciosas formas turgentes, que le parecieron como hechas de crema. Le pareció una tontería, por supuesto, pero no pudo pensar otra cosa más que ésta. Daisy Norimitsu parecía hecha de la más dulce crema.

—¿Qué es lo que pretende usted? —masculló.

—Ya se lo he dicho. Pedirle disculpas y la camisa.

—¡Está bien. Concedidas las disculpas y concedida la camisa.

—Gracias —sonrió de nuevo Daisy Norimitsu.

Se acercó más a Kelly Shaw, le echó los brazos al cuello, apretó su cuerpo contra el de él y le besó dulcemente en los labios. Kelly Shaw notó un estremecimiento que fue desde la nuca hasta los talones, y que pareció rebotar. Daisy apartó su boca de la de él y susurró:

—¿Le ocurre algo, doctor Shaw?

—A mí, no. Pero a usted sí que le va a ocurrir algo como siga provocándome de este modo.

—No creo que lo que pueda ocurrirme relacionándose con usted sea demasiado terrible —susurró ella, besándole en la barbilla.

—Son puntos de vista. Bien, ya tiene las disculpas y la camisa. Buenas noches, señorita Norimitsu.

—¿Eso es todo? —casi gimió ella.

Kelly Shaw se quedó mirando fijamente los bellísimos y negrísimos ojos de Daisy Norimitsu. Luego, muy despacio, movió sus manos hasta posarlas en las caderas de la muchacha, que estaban tibias, y, por supuesto, de una suavidad..., sí, de crema, de auténtica crema dulcísima. Desde las caderas las manos de Kelly subieron por la espalda de Daisy y pasaron por los hombros; volvieron a bajar un poco y se deslizaron por los erguidos senos femeninos, cuya tensión, cuyo calor, notó perfectamente el budoka norteamericano en las palmas de sus manos. Cuando volvió a mirar a Daisy Norimitsu ella le estaba contemplando con expresión anhelante, entreabiertos sus gordezuelos labios rojos y frescos.

—¿Eso es todo? —insistió ella, en un susurro.

Fue justo en este momento, cuando a Kelly Shaw se le cayó la toalla al suelo.

Y ciertamente, eso no fue todo.

CAPÍTULO V

Con la antelación conveniente a la salida del *Abukuma,* Kelly Shaw y Daisy Norimitsu llegaron a la mañana siguiente al muelle. Llegaron los dos solos, en un taxi, tras haber convenido con Isamu Kogure que era mejor en todos los sentidos que no se les viese juntos ni a la llegada al muelle ni tan siquiera mientras durase la travesía, cuyo tiempo estaba calculado aproximadamente en unas sesenta horas. También, tal como Kelly Shaw había convenido telefónicamente con su amigo Hsiang, éste estaba esperando en el muelle con el estuche metálico en el que Motoi Seo había guardado el Makimono.

Cuando Kelly y Daisy fueron hacia la pasarela para abordar el *Abukuma,* Hsiang caminó convergiendo hacia el mismo punto. Al pie mismo de la pasarela, el sonriente chino entregó el estuche a Kelly Shaw, que lo metió en una bolsa de viaje facilitada por el siempre amable y bonachón Isamu Kogure.

—¿Alguna cosa más, Kelly? —preguntó el chino.

—No. Es decir, sí. Voy a rogarte que pases por mi consultorio y le digas a mi secretaria, la señorita Sheila, que estaré fuera durante unos cuantos días. Que cierre el consultorio y ponga en la puerta un aviso en ese sentido.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No, Hsiang. Solamente, gracias por tu ayuda.

El chino asintió y dirigió una maliciosa mirada a Daisy Norimitsu, que aparecía sonriendo y radiante, bellísima con sus largos cabellos negros y ondulados completamente sueltos.

—Parece que la señorita está de mejor humor que anoche, ¿verdad?

—Sí. Está de bastante mejor humor. Seguramente se debe a que ha pasado una buena noche.

—Ya, ya —rió el chino, no menos maliciosamente que antes—. Verdaderamente, pasar una buena noche es magnífico para el cuerpo y para el espíritu. Feliz viaje, Kelly.

Este refunfuñó algo, tomó del brazo a Daisy, y ascendieron por la pasarela hasta la cubierta del *Abukuma.* Desde allí fueron conducidos a sus camarotes, que estaban uno al lado del otro. Se miraron, sonrieron ambos, y cada uno ocupó el camarote que le correspondía. Evidentemente, Isamu Kogure, si se había enterado de algo aquella noche, estaba llevando su cortesía adecuadamente, simulando que ignoraba que sus huéspedes no habían necesitado aquella noche dos habitaciones en su casa.

Ya en su camarote, Kelly dejó la bolsa de viaje sobre la litera y

miró a su alrededor, buscando un lugar adecuado donde pudiera esconder el estuche metálico. Todavía no lo había encontrado, cuando la puerta se abrió. Daisy entró, cerró tras ella y en el acto se colgó del cuello del judoka.

—Ha sido, en efecto, una noche maravillosa, Kelly —susurró.

—Desde luego —admitió éste—. Y me pregunto por qué.

—¿Por qué? No te comprendo.

—Me pregunto por qué una muchacha tan dulce y hermosa como tú me ha proporcionado esa noche tan maravillosa.

—Oh, vamos —protestó ella—. No seas tonto ni machista, Kelly. Yo te he proporcionado una noche maravillosa, según dices, y te agradezco que lo consideres así… Pero tú también me la has proporcionado a mí. Por lo tanto, estamos empatados.

—Pues habrá que buscar el desempate —gruñó él.

—¡Claro que no! —se echó a reír Daisy—. Lo maravilloso en estas situaciones es que nunca haya desempate. Tú me das y yo te doy. Tú disfrutas y yo disfruto. Tú eres feliz y yo soy feliz. Desempatar, significaría que uno de los dos no gozaba con nuestras relaciones… Y eso sería injusto para el que le tocase llevar la peor parte.

—¡Vaya! —sonrió Kelly—. Eres una muchacha de mentalidad muy evolucionada, pequeña Daisy.

—Seguramente es debido a que mi inteligencia es mitad británica y mitad japonesa. Yo diría que es una buena mezcla. ¿O no te gustan a ti las mezclas?

Daisy se quedó mirando expectante, un tanto tensa, el rostro de Kelly Shaw. Este comprendió en el acto por dónde iba la muchacha y entonces la abrazó por la cintura.

—Para mí —musitó— solamente hay dos clases de humanos: los que merecen ser amados y los que no merecen ser amados.

—¿Y a qué clase pertenezco yo?

—Todavía no lo sé.

—¿No lo sabes? —exclamó la muchacha—. Pero, Kelly, ¡nos hemos pasado la noche haciendo el amor!

—Chocante expresión —masculló Kelly—. Hacer el amor. ¿A qué llamas tú hacer el amor?

—¿Que a qué llamo…?

—No te precipites… Piensa bien la respuesta.

—Bueno… Yo creo que cuando un hombre y una mujer se pasan la noche juntos en una cama, la expresión de *hacer el amor* no necesita demasiadas explicaciones.

—Nosotros, esta noche, nos hemos dedicado a agradabilísimos juegos sexuales, Daisy. Pero… ¿realmente hemos estado *haciendo* amor? ¿Hemos estado *creando* amor?

—Pero, Kelly…

—La pregunta es: ¿realmente tú sientes amor por mí?

—¡Oh, sí!

—¿Quieres decir que has aceptado el juego de la mutua posesión no por un simple deseo sexual o de diversión…, sino porque te has enamorado de mí?

—¡Naturalmente que sí!

—¡Pasmoso! —dijo Kelly, pasmándose efectivamente—. ¡Realmente pasmoso, pequeña Daisy!

—¿Por qué? —se sorprendió ella—. Conozco a muchos hombres hace mucho tiempo y me he relacionado muchísimo con ellos por cuestión de trabajo y amistad, y sin embargo, pese al mucho tiempo que hace que me relaciono con ellos, no los he amado ni los amo. En cambio, a ti te amé casi inmediatamente. ¿Acaso el amor necesita de un tiempo de… cocción, como una comida?

—Eres deliciosa —tuvo que reír Kelly—. Y ahora, dime lo que quieres. Supongo que no habrás venido para pedirme una camisa.

—No —rió ella—. Solamente he venido a preguntarte qué vamos a hacer durante el viaje.

—¡Caramba…! Pues no había pensado en ello…

—La próxima escala es Taipeh, a la que llegaremos alrededor de la medianoche, y he pensado —reflexionó graciosamente Daisy— que ni a ti ni a mí nos interesa dejarnos ver mucho por cubierta ni por ninguna otra parte del barco.

—¿Por qué no?

—Oh, pareces tonto, a veces —se irritó ligeramente Daisy—. ¡Los que torturaron al señor Seo puede que hayan conseguido localizarte, y en este momento estén

en el barco!

—Terrible perspectiva —recapacitó Kelly Shaw—. Y para evitar esa posibilidad de localización, tú has venido a sugerirme algo.

—Sí —sonrió de nuevo Daisy Norimitsu—. He pensado que mientras dure el viaje, tú podrías pasártelo prestándome tu camisa.

—¿Y qué me prestarás tú?

Daisy tomó las manos de Kelly. Luego, mientras acercaba su boca a la de él, susurró:

—Yo no voy a prestarte nada; simplemente, quiero darte de nuevo todo lo que tengo, Kelly.

* * *

Kelly apartó sus labios de la dulce boca de Daisy Norimitsu, y susurró, mientras la acariciaba suavemente:

—Ya es de noche.

—Hace rato que es de noche —rió quedamente la muchacha, tendida a su lado en la litera—. ¿Qué tiene de sorprendente?

—De sorprendente, nada. Pero después de todo un día encerrado aquí dentro y sosteniendo unas... conversaciones tan prolongadas contigo, estoy empezando a tener un hambre espantosa.

—¡Oh, por el cielo! —exclamó Daisy—. Eso no es nada romántico, Kelly.

—Puede que no —admitió Shaw—. Pero si no comemos algo, me parece que cuando el *Abukuma* llegue a Tokio nos encontrarán a los dos aquí dentro muy bien abrazados..., pero ya cadáveres. ¿Te gusta esa perspectiva?

—La verdad es que no —rió Daisy Norimitsu.

La clara tonalidad de su piel emergió de la oscuridad, quedando un momento expuesta al resplandor que entraba en el camarote por la redonda portilla. No habían encendido ninguna luz y, sumidos en la sombra del camarote, se dedicaron de nuevo a besarse y abrazarse..., hasta que diez minutos más tarde, Kelly Shaw insistió:

—Te estoy hablando en serio; me voy a morir de hambre y de fatiga si no como algo.

—Está bien, podemos pedir que nos traigan un buen banquete al camarote.

—Buena idea —aprobó Kelly.

Saltó de la litera, buscó el interruptor y encendió la luz. En la litera, completamente desnuda, Daisy emitió un gritito y se sentó rápidamente, cubriendo sus formas con la sábana, con un gesto de graciosa broma.

—¡No mires! —exclamó.

Kelly Shaw se acercó a ella, bajó la sábana y la besó.

—Anda, vístete. No me gustaría que el camarero nos encontrase aquí a los dos practicando el desnudismo.

—La verdad es que yo también tengo hambre —sonrió Daisy.

—No me sorprende nada. Es bien sabido que el ejercicio abre el apetito.

Daisy se echó a reír, rodeó con sus bracitos el cuello de Kelly y lo besó en los labios. El doctor Shaw se irguió, arrastrando consigo a la muchacha, de modo que ésta quedó colgando de su cuello, ambos en posición vertical. Le hizo unas cosquillas en las axilas y, riendo, Daisy se desprendió de él, corriendo hacia donde había dejado sus ropas tiradas de cualquier manera.

Tomó los sujetadores, se volvió hacia el budoka y tras mirarlo intensamente musitó:

—Kelly, te amo.

—Vale —guiñó un ojo Kelly; y se dirigió hacia el teléfono.

Apenas siete u ocho minutos más tarde, sonó la llamada a la puerta del camarote de Kelly Shaw, y éste miró, sorprendido, a la muchacha.

—¡Caramba! A esto le llamo yo un servicio esmeradamente rápido. ¿Te parece que estamos en condiciones de recibir visitas, pequeña Daisy?

—¡Claro que sí! —dio ella una vuelta sobre sí misma—. Ya estamos los dos vestidos como corresponde a la situación.

Kelly fue a la puerta, la abrió y sonrió al ver a los dos chinos con chaquetilla blanca que estaban detrás del carrito en el que se veían recipientes cubiertos con tapaderas metálicas.

—Adelante, adelante —invitó, con evidente buen humor.

Impasibles, los chinos entraron en el camarote, uno de ellos empujando el carrito. El otro cerró la puerta y acto seguido, sin la menor vacilación, metió la mano derecha bajo la blanca chaquetilla. Kelly Shaw, que estaba siguiendo con la mirada el carrito, relamiéndose cómicamente, captó con el rabillo del ojo el gesto del chino que había quedado apoyado de espaldas a la puerta.

Fue como una visión fugaz, lejana e irreal. Pero el gesto del chino hizo sonar inmediatamente la alarma en la ágil mente del budoka.

Se volvió rápidamente hacia él y palideció al verle sacar la pistola. No obstante, su palidez no le impidió reaccionar con tal rapidez que el chino soltó un respingo.

—¡Cuidado, Daisy! —exclamó Kelly, mientras saltaba hacia el chino.

En el mismo momento en que la pistola se colocaba horizontal, apuntando a su cuerpo, Kelly llegaba ante el oriental, y su mano izquierda, como un grillete de acero se cerró en la muñeca de la mano armada y la apartó y la empujó hacia abajo. Al mismo tiempo que chascaba el apagado sonido del disparo y la bala rebotaba en el piso, la mano derecha de Kelly Shaw, crispada, rígida, convertida en un arma mortal se abatía en fortísimo *atemi* sobre la sien izquierda del chino. La frente de éste crujió sus ojos giraron mostrando completamente el blanco y su boca se abrió en un gesto que desencajó todo el rostro. Kelly no necesitaba más que aquel gesto fugacísimo entrevisto para saber que acababa de matar a un hombre con el fortísimo *atemi* de judo. Lo soltó dejando que el chino y su pistola se vinieran a tierra, y se volvió hacia el otro.

El otro chino, que había sacado también una pistola de debajo de una de las tapaderas metálicas, habría tenido tiempo, sin duda alguna, de disparar contra Kelly Shaw si Daisy Norimitsu, advertida y sobresaltada por la advertencia del judoka, no se hubiese percatado inmediatamente de la situación y, sin pensarlo dos veces, hubiera saltado contra el chino. Este había conseguido empuñar la pistola, pero cuando el cuerpo de la muchacha chocó contra el suyo, lanzó una exclamación y ambos rodaron por el suelo.

¡Plop!, sonó el disparo en el camarote, confundiéndose con la contenida exclamación de dolor proferida por Daisy Norimitsu. Kelly Shaw, que ya estaba saltando hacia los dos. llegó sobre ellos demudado el rostro. Mientras caía sobre la espalda del chino, vio cómo Daisy rodaba hacia un lado, lívido el semblante, crispado por un gesto de dolor.

Pero en aquellos momentos, ciertamente, no podía atender a la muchacha. Así que se dedicó por completo al chino, sobre cuya espalda acababa de caer cuando el otro intentaba incorporarse y volverse hacia él.

El budoka cayó sobre el chino como una fiera. Igual que un felino, se agarró a su espalda, pasó sus piernas hacia las ingles del hombre y su brazo izquierdo rodeó la garganta del adversario, mientras con la mano derecha agarraba su izquierda y tiraba fuertemente hacia atrás.

Una especie de gorgorito brotó de la boca del chino, que giró en el suelo rabiosamente, intentando desprenderse de aquella fiera que llevaba clavada en la espalda. Y mientras rodaba, todavía pudo disparar dos veces más.

Disparar. No otra cosa.

Porque, aferrado a sus ingles con las piernas, y a su cuello con un brazo, Kelly Shaw, todavía demudado su rostro por el temor de lo que le hubiese ocurrido a Daisy, y por la furia que le poseía contra su enemigo, estaba estrangulándolo con toda la fuerza de su brazo.

Durante unos segundos, el chino todavía estuvo girando, debatiéndose rabiosamente, e incluso pudo hacer un disparo más, que fue a clavarse en un lado de la litera. Pero mientras tanto, siempre como soldado a su espalda, Kelly Shaw continuaba llevando a cabo la tremenda estrangulación *Adaka jime* de judo.

El chino comenzó muy pronto a perder fuerzas a pesar de sus rabiosos revolcones. Su mano derecha se abrió y la pistola cayó al suelo. De su boca brotó un ronco sonido que fue debilitándose y como estrechándose, afilándose hasta que, finalmente, de su boca no brotó sonido alguno…

Pero todavía durante otros pocos segundos más la *Adaka jime* implacable y mortal, continuó siendo realizada por los fortísimos brazos de Kelly Shaw.

Finalmente, éste soltó a su adversario, que quedó tendido boca arriba, con el rostro congestionado y los ojos casi fuera de las órbitas.

Tampoco necesitaba grandes exámenes, el doctor Shaw, para saber que acababa de matar a otro hombre. En menos de veinte segundos había matado a dos hombres.

Pero éstos no le importaban lo más mínimo. Sin ponerse en pie, gateando, se desplazó rápidamente hacia donde yacía Daisy, gimiendo

ahogadamente.

—Daisy... —casi gimió también Kelly Shaw—. ¡Pequeña Daisy...!

Ella movió sus ojos hacia él y sonrió.

—No es nada —musitó—. Estoy... estoy segura... de que no es nada, Kelly.

—No te muevas —ordenó el judoka—. Yo decidiré si no es nada o es algo. ¡Por lo que más quieras, no te muevas!

—Entonces —sonrió de nuevo ella—, no me moveré por ti.

Kelly rasgó las ropas de Daisy hasta dejar al descubierto la herida que la muchacha tenía en un costado. Nada más verla, el color volvió al rostro del budoka, que miró a la muchacha y frunció el ceño

—Te gusta divertirte a costa mía, ¿no es así?

—¿Por qué lo dices?

—Porque, verdaderamente, tu herida no tiene importancia. Pero supongo que es dolorosa

—Un poco —intentó, ahora, sonreír Daisy.

—Está bien. No te muevas ni un milímetro. Ya verás como yo arreglo esto en unos pocos minutos.

En efecto, recurriendo a sus conocimientos de medicina y utilizando material improvisado con las sábanas, toallas y algunos efectos de botiquín que encontró en el pequeño cuarto de baño, Kelly Shaw invirtió poco más de cinco minutos en restañar la sangre de la herida de Daisy, y acto seguido tras colocarle un apósito conseguido con trozos de sábana limpia, utilizó tiras de la misma sábana para vendarle fuertemente el torso, desde los senos hasta las caderas.

—Esto es menos divertido que lo otro, ¿verdad? —dilo Daisy

—Si consigues estar callada un ratito, te regalaré un crisantemo cuando lleguemos a Tokio.

—Es una buena oferta. Acepto.

Kelly ayudó a Daisy a ponerse en pie y luego a sentarse cuidadosamente en la litera.

—Tenemos un pequeño problema que...

En aquel momento, sonó la llamada a la puerta del camarote. Kelly miró hacia allí, frunció el ceño y volvió a mirar a la muchacha.

—Me parece que el problema es mayor de lo que suponías, Kelly —murmuró ella—. Seguramente, éstos deben ser los verdaderos camareros.

—¿Puedes caminar?

—Supongo que sí.

—Te ayudaré. Tienes que estarte quietecita en el cuarto de baño unos minutos.

Ayudó a Daisy a llegar allí y acto seguido, rápidamente, arrastró los cadáveres de los dos chinos, que metió también de cualquier manera en el cuarto de baño. Iba ya a abrir la puerta del camarote,

cuando su mirada cayó sobre la mesita en la que estaban las bandejas y tapaderas. Tras un contenido respingo y mientras volvía a sonar la llamada a la puerta, Kelly hizo nadar la mesita y la metió también, como pudo, en el cuarto de baño.

Luego, con toda tranquilidad, se dirigió a la puerta y la abrió.

Efectivamente. En el pasillo, un camarero, empujado una mesa-carrito como la que él acababa de ocultar, esperaba con un gesto de leve descontento. Al ver a Kelly, sonrió y preguntó:

—¿Señor Shaw?

—Oí, sí.

—Traigo cena para dos. ¿Es correcto?

—Por supuesto. Pase, por favor.

El camarero chino volvió a sonreír, entró empujando la mesa-carrito, la dejó donde le señaló Kelly Shaw, se embolsó alegremente la generosa propina y con una sonrisa, se despidió.

Segundos después Kelly Shaw se quedaba apoyado de espaldas en la puerta recién cerrada, con mil pensamientos en la cabeza.

De todos modos, estaban en un grave problema. Tener dos muertos en un camarote no era precisamente un equipaje que pudiese ser considerado como normal.

—¿Se ha ido ya? —apareció la cabeza de Daisy.

—Sí. Pero seguimos estando en dificultades, pequeña Daisy. ¿Qué vamos a hacer con esos dos fiambres?

—Si fuesen como los que quizá haya en la cena, podríamos comerlos —dijo la muchacha, con falso tono festivo.

—No hables de comer —torció el gesto Kelly Shaw—. En estos momentos no podría tragar ni un bocado.

—Yo tampoco —asintió Daisy—. ¿Qué vamos a hacer, Kelly?

—Que me maten si lo sé... No, espera. Tenemos a bordo al buen Isamu Kogure. ¿Crees que es lo bastante discreto y de confianza como para ponerle al corriente de lo sucedido?

—¿Por qué no?

—Bueno, pequeño crisantemo casi japonés —refunfuñó Kelly Shaw—. No sé si te has dado cuenta, pero acabo de matar a dos hombres. Y si esto llega a saberse en el barco, las dificultades van a ser insalvables.

—Yo creo que el señor Kogure podrá ayudamos.

—Bien, no se pierde nada probando. Vamos a ver si el obeso nipón de la simpática sonrisa puede, verdaderamente, resolver este problema.

—Todavía tenemos otro: yo no puedo ir por el barco tal como estoy ahora, casi desnuda y con el pecho vendado.

—Claro —masculló de nuevo Shaw— Dame la llave de tu camarote. Iré allá y.. ¡Santo cielo! Apuesto a que no tienes en tu bolsa

de viaje ningún otro vestido.

—¡Claro que no! Sólo tengo éste, que es el que llevaba ayer, cuando quedamos invitados en la casa de Isamu Kogure.

—Está bien, le voy a dejar aquí, encerrada en el camarote y tú te encerrarás en el cuarto de baño. Voy a ir todo lo rápido que pueda, por el barco, hasta encontrar una de las tiendas Estoy casi seguro de que podré describir adecuadamente tu talla a las dependientas.

—¿Casi seguro? ¿No del todo?

—¿Sabes qué es lo que me gusta mucho de ti?

—¿Qué? —sonrió Daisy.

—Tu sentido del humor. Ten cuidado con lo que haces aquí dentro. Y por supuesto, no abras la puerta a nadie ¡Ah! Y recoge las dos pistolas de esos sujetos y si alguien intenta entrar en el cuarto de baño, comienza a disparar sin más consideraciones.

—Creí que no te gustaban las armas de fuego.

—Para usarlas yo, no. Para conservar tu vida, sí.

Sin más, Kelly Shaw salió del camarote cerró la puerta con llave y salió en busca de una de las tiendas que sin duda debía haber en la bien acondicionada motonave *Abukuma.*

Casi veinte minutos más tarde, Kelly estaba de regreso. Entró en el camarote, cerró tras él y fue a dejar el paquete sobre la litera. Luego, se acercó a la puerta del cuarto de baño, puso la mano en el pomo, comenzó a girarlo… y la puerta estalló en astillas por un feo boquete, un poco más arriba de su cabeza. Casi en seguida, apareció otro boquete lanzando astillas, mientras Kelly Shaw, demudado el rostro, saltaba hacia un lado, gritando:

—¡Eh, que soy yo!

Junto con sus palabras sonó un nuevo crujido en la madera y apareció otro boquete muy parecido a los anteriores. Kelly Shaw, que casi había caído sentado en el suelo, se quedó mirando con expresión desorbitada la puerta del cuarto de baño, que a los pocos segundos se abrió. Apareció el rostro de Daisy Norimitsu, muy abiertos los ojos y un grandísimo gesto de susto en las facciones.

—¡Kelly! —gimió—. ¡Kelly!

—¡Maldita sea mi estampa! —farfulló el budoka.

—¡Oh, lo siento! ¡Lo siento, Kelly!

La muchacha corrió hacia él y se echó en sus brazos. Kelly la abrazó cuidadosamente y le dio unas palmaditas en las nalgas.

—Está bien, está bien. La culpa ha sido mía por no darme a conocer antes de tocar esta maldita puerta. Te he traído ropa. Vístete lo más rápidamente que puedas y larguémonos de aquí…

—¿De verdad no te…, no te he acertado con ninguna bala?

—Pequeña Daisy, si en vez de ser yo hubiese sido un visitante menos amistoso, es muy posible que fueses tú la que estuviese ahora

acribillada dentro del cuarto de baño. Y todo eso, sin necesidad de abrir la puerta para dispararte, tal como estabas haciendo tú.

—Me abría muerto si..., si...

—Bueno, tranquilízate, no ha sido nada. Vístete.

Daisy Norimitsu se quitó los jirones de ropa que habían quedado de su vestido tras la cura efectuada por Kelly Shaw, el cual la ayudó a ponerse uno de los vestidos que había comprado en una de las tiendas del barco.

Poco después, aparentando gran tranquilidad y sosiego, los dos salían del camarote, cerrando la puerta con llave, y alejándose. Sabían muy bien cuál era el camarote de Isamu Kogure. Lo que no sabían tan bien era cómo localizarlo en el gran barco que hacía la ruta Macao-Hong Kong-Taipeh-Tokio.

* * *

—Bueno —sonrió Isamu Kogure—. Felizmente, al final consiguieron encontrar mi camarote.

—¿Eso quiere decir que puede usted resolver todo este lío, señor Kogure? —preguntó Kelly.

—No sé si puedo resolverlo de un modo totalmente satisfactorio. Lo que sí sé es que puedo arreglármelas para que durante la travesía ustedes no sean molestados por lo que ha ocurrido en su camarote.

—¿Cómo lo arreglará? —exclamó Daisy.

—Deje eso de mi cuenta. Naturalmente, con nosotros viajan Katsuo y los otros tres muchachos que gozan de mi completa confianza. No me cabe la menor duda de que ellos conseguirán dejar su camarote... digamos en condiciones aceptables.

—¿Incluso la puerta astillada? —refunfuñó Kelly.

—Eso ya va a ser más difícil —se echó a reír quedamente Isamu Kogure—. Tendríamos que quitar esa puerta, robarla de otro camarote y hacer el cambio..., o cual, francamente, me parece mucho más difícil que tener ocultos dos cadáveres hasta el término de la travesía.

—¿Pero esto sí puede hacerlo?

—Sin duda. Soy un veterano de esta clase de viajes, y espero que mi experiencia, aunque hasta ahora no se haya relacionado con cadáveres, podrá servimos de algo. Déjelo todo en mis manos, doctor Shaw. Y hablando de manos, ¿es el Makimono lo que tiene usted en las suyas?

—No —sonrió Kelly Shaw.

—¡Cómo que no! —exclamó Daisy—. ¡Claro que es el Makimono, Kelly! Yo sé que está dentro de ese...

—Lo que tú estás viendo, pequeña Daisy, es el estuche donde debería estar el Makimono; sólo que el Makimono no está aquí dentro...

Mientras hablaba, Kelly Shaw había desenroscado la tapa metálica del tubo y sacó de éste su contenido. Era un pergamino enrollado, y que una vez estirado resultó ser bastante largo..., pero, ciertamente, no se trataba del Makimono que el budoka había recibido la noche anterior de manos de Motoi Seo. No podía serlo, y de ello no cabía la menor duda, por la sencilla razón de que el pergamino estaba completamente en blanco.

Daisy estaba muy desconcertada, pero Isamu Kogure se echó a reír.

—Tengo la impresión, doctor Shaw, de que es usted un hombre más que medianamente inteligente. ¿Dónde está el Makimono?

—Digamos que está donde a mí me conviene que esté.

—De acuerdo, de acuerdo —movió sus regordetas manos el japonés—. No voy a insistir sobre ese punto, ya que usted está decidido a ponerlo en manos de esa misteriosa persona residente en Tokio. Sólo quisiera tener la seguridad de que ese Makimono no irá a parar a otras manos que podrían darle un uso verdaderamente catastrófico.

—No se preocupe por eso. Mientras nosotros viajábamos en barco, un amigo mío ha viajado hasta Tokio en avión, y... estará esperando allí mi llamada para entregarme el Makimono.

—Bueno —movió la cabeza Kogure—, siempre se aprende algo. Sobre todo, tratando con un médico. Esperemos que la herida de la señorita Norimitsu, tal como usted ha asegurado, no tenga importancia. La verdad es que ustedes dos me resultan simpáticos y habría lamentado mucho que sufrieran algún percance.

—Pues ya ve que no ha sido así. Y desde luego, en este barco no vamos a tener ningún otro percance, señor Kogure.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que he decidido abandonar el barco en Taipeh y allí tomar un avión que nos lleve a Tokio. Podremos cubrir el trayecto en muy poco tiempo y, además, si alguien más espera localizamos en el *Abukuma* se va a quedar con veinte palmos, de narices.

—Bueno —se rascó Kogure la rapada cabeza—, la verdad es que la idea no me parece del todo mala. Podríamos llamar desde aquí a Taipeh encargando dos pasajes de avión.

—No hace falta. Lo que liaremos Daisy y yo, sencillamente, será desembarcar, y ya nos las arreglaremos para conseguir pasaje en cualquier vuelo Taipeh-Tokio.

—Eso puede retrasar bastante su llegada a Japón, doctor Shaw.

—No tenemos ninguna prisa especial y, además, si nuestra llegada se retrasa un poco, todo lo que ocurrirá será que llegaremos más o menos al mismo tiempo que usted. Es decir, más o menos en el tiempo previsto.

—Bien..., pero si por cualquier causa ustedes se retrasan, iban a causar no poca inquietud a sus amigos de Japón, doctor Shaw.

Kelly Shaw quedó pensativo unos segundos y por fin asintió con un gesto. Se sentó junto al teléfono que había en una mesita del amplio camarote ocupado por Isamu Kogure y pidió una comunicación con cierto número de la capital japonesa.

Le consiguieron la comunicación radiotelefónica unos veinte minutos más tarde. Y en cuanto tuvo de nuevo el auricular en sus manos, Kelly Shaw preguntó:

—¿Señor Inomura?

—...

—Soy Kelly Shaw, *Judo Ski Dan,* y he tenido el honor de recibir lecciones de este Arte Marcial de su honorable padre.

—¿...?

—Así es, señor Inomura. El motivo de mi llamada es suplicarle que vea usted de hacer llegar cuanto antes a su honorable padre el recado de que estoy viajando hacia Tokio con el propósito de visitarlo y entregarle una cosa que me facilitaron en Hong Kong para él. La persona que me entregó esa cosa se llama Motoi Seo. Y me aseguró que estaba bien relacionado con cierta organización a la que ni su padre ni yo somos ajenos.

—Efectivamente: Kuro Arashi, señor Inomura. No quería mencionar el nombre por si había ahí alguien que pudiera oírlo y ponerlo a usted en una situación comprometida.

—...

—Me alegro de que sea así. ¿Podrá usted transmitirle mi recado a su honorable padre?

—¿...?

—No, lo siento. No sé exactamente cuándo llegaré. Puedo llegar mañana a primera hora, quizá a la noche..., o quizá tarde dos o tres días. Depende de las dificultades que encuentre para adquirir pasaje para el vuelo Taipeh-Tokio. Yo no creo tener ninguna dificultad, pero no quisiera inquietar a su padre ni a otras personas que puedan estar esperándome.

—...

—Muy agradecido, señor Inomura. Adiós.

Kelly colgó el teléfono, se volvió a mirar a Isamu Kogure, abrió la boca para decir algo, y en ese momento se abrió la puerta del camarote y apareció Katsuo. Al ver allí a Kelly Shaw, miró con gesto interrogante a Isamu Kogure, que hizo un gesto para que cerrase la puerta y entrara. A continuación, Kogure miró a Kelly Shaw.

—¿Iba usted a decir algo, doctor Shaw?

—Iba a decir que esa pequeña parte del asunto está solucionada. Así que mi pequeña Daisy y yo podemos viajar tranquilamente, sin

prisas..., y sin pausas.

—De acuerdo. En ese caso, creo que convendrá que se apresuren ustedes para desembarcar. El barco hará una pequeña escala en Taipeh, que pueden aprovechar perfectamente. Y mientras ustedes se reponen del sobresalto y se preparan para desembarcar, Katsuo y mis otros empleados se encargarán de dejar las cosas más o menos discretamente arregladas en el *Abukuma.* Acércate, Katsuo.

El japonés se acercó y se inclinó ante Isamu Kogure, que impartió unas rápidas y precisas órdenes a las que Katsuo iba asintiendo repetidamente.

—¿Lo has entendido todo bien?

—Por supuesto, señor Kogure.

—Entonces, busca a los demás y ocuparos de que la ausencia del doctor Shaw y de la señorita Norimitsu, cuando el *Abukuma* llegue a Tokio, sea considerada simplemente una excentricidad..., no una fuga por doble... homicidio.

—Quede tranquilo, señor Kogure. Pieng, Seigo, Tamori y yo lo dejaremos todo como si nada hubiera ocurrido.

Poco después de las doce de la noche, Kelly Shaw y Daisy Norimitsu desembarcaban del *Abukuma,* sin equipaje alguno, y con el aspecto y el gesto de quien se dispone a dar un pequeño paseo por tierra firme aprovechando la breve escala en la capital de la Isla de Formosa.

CAPÍTULO VI

Cuarenta horas más tarde, Daisy Norimitsu y Kelly Shaw cambiaron una mirada de complacencia cuando los altavoces del reactor de la Japanese Air Lines anunciaba la inminente llegada al aeropuerto de Tokio y recomendaba a los señores pasajeros que se abstuvieran de fumar y se colocaran los cinturones de seguridad.

—Bueno —sonrió Daisy—, no lo hemos pasado nada mal en Taipeh, ¿verdad, Kelly?

—Yo diría que no. Claro que hemos tenido algunos pequeños tropiezos, pero se pueden dar por bien empleados á cambio de... ciertas pequeñas satisfacciones de índole personal.

—¿Tropiezos? ¿A qué te refieres?

—Pues me refiero a todo este pequeño lío que hemos tenido que resolver, explicando que somos pasajeros del *Abukuma* que decidieron dar un corto paseo y que nos perdimos por Taipeh, de tal modo que cuando fuimos a darnos cuenta y quisimos regresar al muelle, el *Abukuma* ya había zarpado sin nosotros.

—Fue divertido en verdad —lanzó una carcajada Daisy.

—Hasta cierto punto nada más —refunfuñó Kelly—. Menos mal que nos hemos ido encontrando con gente amable que se han mostrado más bien dispuestos a colaborar en la solución a nuestro problema.

—Kelly —musitó Daisy, colocando una mano sobre una del judoka—. Dentro de unos pocos minutos desembarcaremos en Tokio. ¿Qué pasara entonces?

—¿En qué sentido? ¿A qué te refieres?

—Bueno..., tú entregarás el Makimono, y...

—Escucha, pequeña Daisy, si estás preocupada por lo que pueda suceder por culpa de ese Makimono, yo te garantizo que no debes temer absolutamente nada. Sensei le dará el destino adecuado. Tanto, que ni tú ni yo podemos imaginarlo ahora.

—Lo mejor sería destruirlo —insistió, una vez más, Daisy.

—Pues si lo mejor es destruirlo, no te quepa duda que es eso lo que hará Sensei.

—¿Y luego?

—Pues luego, una vez destruido el Makimono...

—No, no. No me refiero a eso ahora, Kelly.

—¿A qué te refieres, entonces?

—Estoy hablando de nosotros. ¿Qué pasará luego con nosotros?

—No he pensado en eso —murmuró Kelly.

—¿No has querido pensar... en nosotros?

—Simplemente, no he pensado.

—¿Te molesta que yo sea maniquí y modelo fotográfica de desnudos?

—Ya te he dicho que no me he detenido a pensar en estas cosas, pequeña Daisy. Hemos pasado unos días maravillosos juntos, ahora llegaremos a Tokio, tú resolverás tus preocupaciones y yo cumpliré mi encargo... y el asunto habrá terminado.

—¿También entre nosotros?

—Considerando tu clase de vida, quizá fuese lo más adecuado —dijo, entre dientes, Kelly Shaw—. A fin de cuentas, no creo que te hiciese mucha gracia que un hombre te prohibiese posar desnuda ante otros hombres para aparecer luego fotografiada en las revistas. Así que...

—¿Me lo prohibirías?

—Bueno, no soy ningún puritano, ni creo ser un hombre de mente estrecha, pero, francamente, después de haber tenido entre mis brazos a una muchachita tan linda como tú, no me gustaría compartirla con nadie... ni siquiera en fotografía.

—Entiendo —murmuró Daisy—. Comprendida perfectamente su respuesta, doctor Shaw.

El reactor estaba ya tomando tierra y la conversación terminó. Poco más tarde, los pasajeros del vuelo Taipeh-Tokio eran llevados a la terminal, y allí, una vez cumplidos los requisitos, y ya en el amplísimo vestíbulo, Kelly Shaw buscó un teléfono desde el cual llamar a la capital japonesa, distante del aeropuerto diecisiete kilómetros.

Mientras Kelly telefoneaba, Daisy Norimitsu lo estuvo mirando desde cierta distancia, de pie junto a la maleta que habían comprado en Taipeh y en la que llevaban algunas ropas y pequeños y graciosos recuerdos comprados en Formosa.

La conversación de Kelly Shaw por teléfono duró apenas dos minutos. Daisy lo vio colgar el auricular y acercarse a ella con expresión que le pareció satisfecha.

—Todo arreglado —dijo él—. Tendremos que esperar unos minutos a que un amigo mío de Tokio venga a recogemos con un coche.

—Podríamos ir allá en un taxi o en uno de los autobuses del aeropuerto.

—No, no... Ya he convenido con Masayuki que vendrá él a recogemos. No te preocupes, todo está bien.

—¿No deberías llamar también a tu maestro para decirle que has llegado y que dentro de poco le llevarás el Makimono?

—Sensei no tiene teléfono en su *ryokan,* pequeña Daisy. Por eso llamé a su hijo, que sí lo tiene en su domicilio, y en sus oficinas de Tokio. Pero eso ya no tiene importancia. ¿Para qué molestar a Sensei

con recados, si dentro de poco tendré la alegría de verlo con mis propios ojos?

—Parece que tienes en gran estima a ese hombre.

—¿Estima? —Kelly Shaw parpadeó—. Vaya, es una graciosa palabra ésta...: estima. ¿Tú sentirías simplemente estima hacia una persona que ha sabido encauzarte por el camino más adecuado a tu vida y a tus sentimientos?

—¿Eso es lo que ha conseguido Sensei contigo?

—Exactamente. Ser maestro de artes marciales..., y estoy hablando de un auténtico maestro, naturalmente, es muchísimo más que enseñar a dar golpes o sablazos a los discípulos. Cuando tengamos un momento adecuado, si estás de humor para escuchar cosas de artes marciales, tendré mucho gusto en soltarte toda una conferencia... Lo que algunos llaman un rollo, vamos.

—Eres simpático, Kelly —sonrió la muchacha—. Y yo te amo, por simpático..., por todo.

—Será mejor que salgamos de aquí. Estoy harto de estar encerrado, y el aire del exterior nos sentará bien. Además, así veremos a Masayuki en cuanto éste llegue a buscarnos.

Masayuki llegó en un tiempo verdaderamente récord al volante de un «Toyota» blanco. El coche se detuvo cerca de donde estaban esperando Kelly Shaw y Daisy Norimitsu. El primero vio el brazo que asomaba por una ventanilla y en seguida señaló hacia allí.

—Ahí lo tenemos. Vamos.

Cargó con la maleta y fue hacia el «Toyota». Masayuki se apeó, y recibió a Kelly tendiéndole la diestra, sin pronunciar una sola palabra. Tampoco Kelly dijo nada cuando le estrechó la mano. Sólo un instante más tarde señaló a la muchacha, y dijo:

—Esa es Daisy Norimitsu.

—Lo he supuesto, claro está. Podemos partir cuando gustes, Kelly.

Daisy contemplaba, un tanto maravillada, al japonés llamado Masayuki. Este era de estatura mediana, muy flaco y de rostro impenetrable. Sin embargo, había en sus ojos oscuros como un destello extraño, que parecía lanzar rayos de sorprendente vitalidad y penetración.

Era un hombre sorprendente, pero a Daisy Norimitsu todavía le quedaba otra sorpresa. Cuando se disponía a entrar en el «Toyota», otro personaje salió de su interior, sonriendo y guiñándole un ojo a Kelly Shaw.

—¡Hola Kelly! ¿Cómo ha ido el viaje?

—Muy bien, Hsiang —sonrió el norteamericano—. ¿Y a ti?

—Bueno, por lo que he sabido, el mío fue más tranquilo que el tuyo, y desde luego mucho más rápido. Llevo aquí esperando siglos y

siglos.

—Eres ligeramente exagerado —sonrió Kelly—. Supongo, pequeña Daisy, que te acuerdas de mi amigo Hsiang.

—¡Claro que sí! —salió de su asombro la muchacha—. Pero... ¿qué hace aquí?

—Pues... te diré que mientras nosotros emprendíamos el viaje en "el *Abukuma,* Hsiang fue a recoger el

Makimono, y luego tomó un avión hasta Tokio para traerlo aquí. Por cierto, ¿habéis traído el Makimono, Hsiang?

—Claro.

—Magnífico. Bien, vamos allá.

Segundos más tarde estaban los cuatro acomodados en el «Toyota». Kelly llevaba sobre las rodillas la maleta que contenía sus cosas y las de Daisy. Esta, sentada junto a él, parecía no haber salido todavía de su asombro cuando el «Toyota» comenzó a alejarse del aeropuerto internacional de Tokio.

—¿Debo entender —preguntó, de pronto— que durante todo este tiempo el Makimono ha estado aquí, en Tokio, en poder de Hsiang?

—Efectivamente —la miró Kelly Shaw.

—¿Y todavía lo tiene Hsiang?

—Claro —se desconcertó Kelly Shaw—. ¿Quién lo había de tener?

—Pues supongo que Hsiang podía habérselo entrega, do ya a tu maestro, Kelly.

—De ninguna manera —volvió la cabeza Hsiang, que con Masayuki iba en el asiento delantero—. No habría sido correcto, señorita Norimitsu.

—¿Cómo que no habría sido correcto?

—¡Claro que no! Fue Kelly quien recibió el Makimono para entregarlo a Sensei. Por lo tanto, debe ser Kelly quien lo haga.

La muchacha quedó sin habla. Kelly Shaw, todavía con una sonrisita irónica en los labios, preguntó:

—¿Habéis tenido algún problema por aquí?

—No —negó Hsiang—. Es decir, empecé a preocuparme cuando hace unas horas llegó el *Abukuma* y no os vimos descender de él. Pero entonces se me ocurrió llamar al hijo mayor de nuestro maestro, y él me dijo lo que ocurría. Ningún problema, Kelly. Puedes estar tranquilo.

—Pues yo —dijo de pronto Daisy, que había seguido el curso de sus pensamientos—, creo que lo normal habría sido que Hsiang le llevase en seguida el Makimono a Sensei.

—¿Lo normal? ¿Para quién?

—Bueno..., para cualquiera.

—Para cualquiera, no —movió la cabeza el sonriente Hsiang—. Nosotros tenemos un determinado comportamiento que no vamos a desvirtuar por cualquier pequeño incidente, señorita Norimitsu. Me parece que usted no ha tratado con muchos budokas.

—La verdad es que he conocido a bastantes personas que practicaban el judo, el karate, kung-fu…, pero todos tenían un comportamiento normal.

—Querrá usted decir —casi rió Hsiang— que tenían un comportamiento anormal. Nosotros somos los que tenemos un comportamiento normal, de respeto al cometido y decisiones de nuestros compañeros.

De nuevo quedó Daisy Norimitsu helada. Mientras tanto, Masayuki conducía hábilmente el «Toyota», y rodaban ya por una carretera tranquila, fuera de la autopista. Evidentemente, no se dirigían a Tokio, sino que, la muchacha lo comprendió muy pronto, iban bordeando la gran ciudad. A lo lejos, muy pronto, comenzó a divisar, bajo el sol de la tarde, la simétrica forma del volcán más famoso del mundo: el Fujiyama.

Estuvieron viajando durante poco menos de media hora, hasta que comenzaron a entrar en una amplia zona residencial, en la cual el silencio era, en verdad, absoluto. A excepción de algunos cantos de pájaros que revoloteaban de árbol en árbol.

—Qué lugar tan agradable… —musitó Daisy.

—Y tranquilo, ya ves —la miró Kelly Shaw—. Por eso lo eligió Sensei para retirarse del mundanal ruido. Y a propósito, ya sabes lo que tienes que hacer con el coche, Masayuki.

El japonés asintió, y Daisy, tras mirar a uno y otro, no pudo contener la curiosidad.

—¿Qué es lo que ha de hacer con el coche? —pregunto.

—Dejarlo lejos de la casa, a menos que pueda llegar tan silenciosamente que no perturbe, en lo más mínimo, a Sensei.

—Creo que será mejor que dejemos el coche alejado de la casa —dijo Masayuki.

Poco después, así lo hacía. Frenó, paró el motor, y a una seña del japonés todos salieron del coche, dejando dentro la maleta. Masayuki cerró con llave, y tras señalar hacia delante, comenzó a caminar hacia la casa, a cuyo porche llegaban poco después.

La puerta del *ryokan* estaba abierta. Los cuatro entraron a un espacioso recinto en el que no había absolutamente nadie. Enfrente, unas puertas correderas de madera y papel translúcido. A la izquierda, un gran armario empotrado que Masayuki se encargó de abrir. Dentro del armario habían varios kimonos colgados de pequeñas perchas. Masayuki sacó cuatro kimonos y, quedándose uno, entregó los otros tres a sus acompañantes.

—¿Qué vamos a hacer con esto? —preguntó Daisy.

—Descálzate y ponte el kimono. Todos los budokas que visitamos á Sensei lo hacemos así. Y aunque tú no eres una budoka, supongo que eres lo bastante amable para aceptar las costumbres de los que sí lo somos.

—Bueno, no tengo ningún inconveniente en ponerme este kimono, desde luego.

Mientras se lo ponía vio que del interior del armario, Masayuki, Hsiang y Kelly Shaw sacaban cada uno una pequeña tablilla un poco más estrecha y algo más larga que un paquete de cigarrillos, en las que se veían unos anagramas pintados en negro. Cada uno de ellos colgó su correspondiente tablilla en unos pequeños clavos dorados que había junto a la puerta de madera y papel.

—¿Y eso qué es? —se interesó Daisy.

—Nuestros nombres y grados. Si alguien viniera, ahora, a visitar a Sensei sabría que éste tenía visita, quiénes eran las visitas, y que por cortesía debía esperar a que Sensei terminase con nosotros para recibirlo a él.

—¡Qué bien organizado está todo!

—No es organización, en el sentido exacto de la palabra. Simplemente es cortesía y consideración.

Masayuki descorrió una de las puertas y se apartó. Entraron los otros tres, recorrieron una amplia sala en la que tampoco se veía absolutamente nada, y después de recorrer un amplio pasillo que tenía puertas, también de papel, a ambos lados, salieron a un amplio porche de madera que se cernía, ligeramente elevado, sobre el más bello jardín que Daisy Norimitsu había visto en su vida.

Lo abarcó de un solo vistazo. Un vistazo muy rápido, que le reveló la presencia de pinos, tecas, bambúes, arbustos de flores y, en el centro del maravilloso jardín, un riachuelo que se remansaba en el centro; por encima de ese remanso, un delicado puentecillo de madera cuya estampa no podía ser más bucólica...

Pero sí, Daisy Norimitsu sólo pudo dedicar un rápido vistazo a esto, porque en seguida, y al mismo tiempo que veía al hombre sentado en aquel porche, oía la exclamación de Kelly Shaw.

—¿Quién es usted...? —fue lo que exclamó Kelly Shaw.

Daisy miró a Kelly, y lo vio pálido. A la derecha de Shaw estaban Masayuki y Hsiang, no menos pálidos y silenciosos, mirando con desconcierto, y un cierto temor, al hombre sentado sobre las tablas con las piernas cruzadas.

Este hombre, que no vestía kimono, sino un traje oscuro muy bien cortado, había alzado la cabeza, y tras mirar sonriente a los cuatro, regresó su mirada a Kelly.

—Bien venido, doctor Shaw. ¿Ha traído usted el Makimono?

—¿Quién es usted? —insistió Kelly Shaw—. ¿Dónde está Sensei?

—Puede llamarme Sizue, si es que tiene alguna necesidad de utilizar un nombre conmigo.

—¿Dónde está Sensei? —preguntó de nuevo Kelly Shaw, inclinándose amenazadoramente hacia el japonés llamado Sizue.

—Es usted terco y monótono, doctor Shaw —sonrió el otro, pero comprendo su sorpresa al llegar aquí y no encontrar a su venerado maestro de artes marciales. Supongo que, como es de rigor es un buen budoka que tiene mucho que agradecer a su maestro, usted ama a éste digamos que con la intensidad suficiente.

—¿De qué me está hablando?

—Del amor que se supone que usted y sus compañeros budokas sienten hacia Sensei Inomura.

—¿Le ha ocurrido algo al maestro? —se oyó la voz tensa de Masayuki.

Sizue ni siquiera miró al budoka. Su mirada continuaba fija en Kelly Shaw, que había fruncido el ceño y estaba apretando los labios en un gesto hosco, hostil, que Sizue captó perfectamente.

Por un momento, el rostro de Kelly Shaw se pareció extraordinariamente en su expresión al emblema de la Kuro Arashi, la estrella negra de seis puntas en cuyo centro, como si esa estrella fuese un rostro, habían dos orificios en blanco que figuraban unos ojos de extremos alzados en terrible gesto de furia. La boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo en claro gesto hosco, hostil, incluso amargo.

Un gesto que Sizue captó perfectamente, y que ocasionó un leve destello de alarma en sus ojos.

—Será mejor que todos nos tranquilicemos —murmuró—. A menos que la siguiente noticia que ustedes quieran tener de su maestro, sea recibir su cabeza… sin el cuerpo, se entiende.

Tras unos segundos de silencio, Kelly suspiró profundamente.

—El Makimono, naturalmente —pareció sorprendido Sizue—. Usted me entrega el Makimono, doctor Shaw, y nosotros le devolveremos a su maestro sano y salvo. Solamente nos interesa el Makimono.

—No lo tengo.

—¿Lo ha perdido?

—No. Quiero decir que no lo he traído.

—¿No ha traído usted el Makimono, cuando es bien sabido que tenía que entregarlo a su maestro?

—No lo he traído.

—¿Por qué no?

—Ha surgido una pequeña dificultad. No podré disponer del Makimono por el momento.

—¿No? ¿Cuándo cree usted que podrá disponer de él?

—No lo sé bien. Quizá dentro de dos o tres horas. No estoy seguro.

Todavía sentado sobre las pulidas tablas del porche, Sizue permaneció pensativo unos segundos. Por fin, se puso en pie, y miró fijamente a Kelly Shaw.

—Son las seis y veinte minutos de la tarde —dijo, secamente, tras consultar su reloj de pulsera—. ¿Cree usted que tendrá el Makimono a las diez de la noche, doctor Shaw?

—Sí… Supongo que lo tendré para esa hora.

—¿Conoce usted Tokio?

—Bastante.

—En ese caso debe usted saber dónde está Harumi Pier.

—Sí. Sé dónde está el muelle Harumi. ¿Por qué?

—Le diré por qué. Nosotros tenemos a su maestro en una embarcación. Lo tenemos bien vigilado y custodiado, y le aseguro que no pretendemos hacerle ningún daño. Sólo nos interesa el Makimono. Entonces, vamos a hacer un cambio, usted y nosotros. A las diez de la noche acuda a Harumi Pier con el Makimono. Póngase lo más que pueda al borde del muelle… Nosotros lo veremos y nos acercaremos a usted desde el mar, nos haremos cargo del Makimono, *y* le devolveremos a cambio a su maestro. ¿Le parece bien?

—Sí.

—Lo celebro. Por mí, por usted… y por la cabeza de su maestro. Hasta las diez, doctor Shaw.

Sizue se marchó, y los tres budokas y la muchacha se quedaron en el porche, inmóviles, mirando ella de uno a otro, y captando perfectamente la consternación y la honda preocupación en sus rostros.

—Pero si tenéis aquí el Makimono y estáis dispuestos a entregarlo, ¿por qué no lo habéis hecho ya, Kelly? —preguntó la muchacha.

—Cállate —masculló Shaw.

Se sentó en el suelo, cruzando las piernas, y se quedó pensativo. Hsiang y Masayuki cambiaron una mirada, y en silencio se sentaron también. Se quedaron mirando a Kelly Shaw, que parecía como ausente. Finalmente, también se sentó Daisy Norimitsu, en una graciosa postura parecida al *zazen.*

Tras larga reflexión, Kelly asintió con un gesto y Hsiang preguntó entonces:

—¿Alguna solución, Kelly?

—¿Solución? Bueno, no sé… Lo que me he estado preguntando es cómo han sabido esa gente que yo tenía que traer el Makimono a Sensei.

—No sé si te comprendo.

—Pues es bastante fácil de comprender. Yo no he ido por ahí diciendo a todo el mundo que traía el Makimono a Sensei Inomura, y precisamente a esta zona residencial cercana a Tokio… Esto, solamente se lo he dicho a muy pocas personas. Lo sabía, por ejemplo, Motoi Seo, que fue torturado antes de morir. Pero puesto que durante aquella noche en la que tú estuviste vigilando mi apartamento por si alguien se acercaba, no fue así, quiere decir simplemente que Motoi Seo no le habló a nadie de mí, ni de Sensei. ¿Estás de acuerdo?

—Parece razonable —admitió Hsiang.

—La otra persona que sabía que yo tenía que traerle el Makimono a Sensei eres tú. Pero —sonrió Kelly—, aparte de que de ninguna manera creería que tú traicionaste a Sensei, está el hecho de que puesto que tú trajiste el Makimono desde Hong Kong a Tokio, no tenías por qué complicar las cosas. Simplemente, con quedarte el Makimono que yo te entregué, asunto arreglado.

—Claro —parpadeó Hsiang.

—La otra persona que hemos relacionado directamente con el Makimono es Masayuki. Y a Masayuki lo tenemos aquí, ha estado contigo este tiempo, y, además, según interpreto, el Makimono lo lleva él.

—Así es —asintió Masayuki.

—Bueno, pues ya vamos eliminando bastantes personas de las que sabían que yo iba a traerle el Makimono a Sensei. Otra de las personas que lo ha sabido, está aquí, mi pequeña Daisy Norimitsu.

Los tres hombres se quedaron mirando fijamente a la muchacha, que tras un gesto de desconcierto abrió mucho los ojos y miró aterrada a Kelly Shaw.

—¿Qué dices? —exclamó—. ¿Qué estás tratando de decir, Kelly?

—¿Me has traicionado, pequeña Daisy?

—Oh, no —gimió ésta—. ¡No puedes pensar esto de mí, Kelly! Te aseguro que yo no…

—Tranquilízate —sonrió el judoka—. Sé muy bien que tú no has sido. En primer lugar, porque las cosas que han ido ocurriendo no encajan con las posibilidades que tú has tenido para poder organizarías. Has estado conmigo en todo momento… Y, especialmente, estuviste conmigo en todo momento desde que abordamos el *Abukama* en Hong Kong. Sin embargo, pese a que tú no pudiste comunicarte con nadie, después de pedir yo la cena por teléfono, vinieron dos falsos camareros a traerla. ¿Lo recuerdas?

—¡Claro que sí!

—La pregunta es: ¿cómo sabían aquellos dos hombres que yo había pedido cena para dos en mi camarote?

—Kelly, yo no…

—Ya te he dicho que te tranquilices. Sé que no pudiste ser tú quien se lo dijera. Sin embargo, ellos lo sabían... ¿Se te ocurre alguna solución?

—No... No.

—A mí, sí. La única solución factible en este asunto es que aquellos dos hombres supiesen que yo había pedido la cena porque alguien que estaba atento a mi teléfono se lo dijo.

—¿Cómo, alguien que estaba atento a tu teléfono?

—Digamos que el teléfono de mi camarote estaba intervenido. Alguien pudo sobornar perfectamente al encargado de la centralita telefónica del barco, de tal modo, que supiera todo lo relacionado con mi teléfono. Es decir, que si yo hubiera llamado por teléfono desde mi camarote a Sensei, esa persona habría sabido cuál era el número de teléfono de Sensei, en Japón..., y una vez sabido el número de teléfono de una persona, es relativamente fácil localizar a esa persona.

—Si, pero...

—Estoy seguro que vigilaban mi teléfono; por eso supieron que habían pedido la cena, y decidieron aprovechar la ocasión para sorprenderme, eliminamos a los dos, y apoderarse del Makimono, que debían creer que estaba en mi camarote, puesto que habían sido informados de que un chino me había entregado el estuche, al subir al barco, en el muelle de Hong Kong. ¿Comprendes?

—Sí, sí, pero...

—Sin peros, pequeña Daisy. Alguien estaba atento a mi teléfono. Y cuando yo llamé a Tokio, al hijo mayor de Sensei, habían dos personas delante. Una de ellas eras tú... ¿Y la otra?

—Isamu Kogure —jadeó Daisy.

—Exactamente. El me oyó pedir el número del hijo de Sensei. Y entonces, puesto que sabía que yo no tenía el Makimono, sino que lo había enviado a Japón, no podía tomar la decisión de matamos, así que tuvo que aceptar mis planes de quedamos en Taipeh para tomar un avión. Sin embargo, en cuanto nosotros abandonamos el barco, Isamu Kogure utilizó el teléfono para llamar, él también, a Tokio, a los empleados que tiene aquí. Y les ordenó que secuestraran a Sensei.

—Y ahora —intervino de pronto Hsiang—, harto de tus jugarretas y de tu habilidad para ir escapando de todo y conseguir llegar hasta aquí con el Makimono, le cortará la cabeza a Sensei si no se lo entregas.

—Estoy seguro de que eso es lo que piensa hacer Isamu Kogure —masculló Kelly.

—Bueno —dijo secamente Masayuki—. Una cosa es lo que él piense hacer y otra cosa es lo que nosotros le dejemos hacer.

—Tienes razón —asintió Hsiang con entusiasmo—. Pero debemos tener mucho cuidado, Masayuki, porque si atacamos ese

barco que se acercará al muelle, y no lo hacemos con la rapidez necesaria, no tengo la menor duda de que asesinarán a nuestro maestro.

—Podemos reunir los suficientes hombres para... —empezó Masayuki.

—No, no, no —cortó Kelly Shaw, moviendo la cabeza—. Nada de esa clase de acción, Masayuki. Por bien que lo realizáramos, siempre podía haber un hombre armado lo bastante cerca de Sensei para dispararle o, simplemente, cortarle la cabeza con un mandoble de *katana.* Tenemos que hacer las cosas con mucha más astucia.

—¿Qué subieres tú?

—Pues verás... Isamu Kogure me dijo que tiene una casa en Tokio, en la Avenue Kurame, cerca del cruce con la Avenida R. Tuvo la amable atención de invitamos a la pequeña Daisy y a mí, así que...

* * *

El taxi se detuvo delante de la hermosa casa que se veía tras unos cuantos metros de muy agradable jardín. Todavía dentro del vehículo, Kelly Shaw pagó el servicio y se apeó, tendiendo una mano a Daisy Norimitsu para ayudarla a hacerlo.

Se volvieron los dos hacia la casa, y tomados de la mano caminaron hacia ésta. Segundos después, el judoka pulsaba el timbre de la puerta. Esta se abrió, y en el umbral quedó Katsuo, que contempló con irreprimible gesto de asombro a Kelly Shaw.

—¡Doctor Shaw! —exclamó.

—Hola, Katsuo. Supongo que el señor Isamu Kogure está en casa.

—Pues sí... Sí está, desde luego.

—Llévanos ante él, por favor. Y cuanto antes.

—¿Qué ocurre? —se inquietó Katsuo.

—Como estarás presente durante la conversación, te enterarás entonces. No me hagas perder más tiempo ahora.

Katsuo asintió y señaló hacia un lado del Vestíbulo donde se veía una puerta. Fueron los tres hacia allá, Katsuo la abrió tras dar unos golpecitos, y se quedó a un lado.

Daisy y Kelly entraron rápidamente, se quedaron mirando a Isamu Kogure, que, sentado en un amplísimo sofá de tela cegadoramente floreada con intensos colores, tenía en las rodillas a una preciosa muchachita japonesa, que lanzó un gritito, y se habría puesto en pie de un salto si las manazas de Isamu Kogure no se hubiesen clavado en sus carnes impidiéndoselo.

—¡Doctor Shaw! —exclamó Isamu Kogure—. Empezaba a estar verdaderamente preocupado por usted.

—No hay motivo para ello —replicó Kelly—, Ya ve que hemos

llegado sin novedad, señor Kogure.

—Lo celebro muchísimo. Y celebro, también, que hayan decidido aceptar la invitación a mi humilde casa.

—¿Humilde? —sonrió irónicamente Kelly mirando a su alrededor.

La casa de Isamu Kogure, ciertamente, no tenía nada de humilde. Era aún más lujosa que la de Hong Kong. Todo era belleza, lujo, y evidente derroche de dinero, en todos y cada uno de los detalles de la mansión del gordísimo japonés. Y para mayor elegancia y lujo de detalles, bastaba mirar a la preciosa muchacha japonesa, que, sentada en sus rodillas, llevaba puesto solamente un reducido kimono de seda negra.

—Bueno —sonrió Kogure—. Ya le dije a usted que soy un industrial bastante rico, doctor Shaw. Y espero que no le parezca mal que use mis riquezas para cumplir el trámite de pasar por esta vida lo más agradablemente posible.

—Me parece bien —asintió Kelly Shaw—. Sin embargo, no todo son alegrías y placeres en la vida, señor Kogure. En estos momentos en que usted está evidentemente pasando un buen rato, yo lo estoy pasando fatal.

—¿Se encuentra mal?

—No. Pero necesito ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—Estoy en serias dificultades… ¿Nos permite sentarnos? Quisiera explicarle brevemente cómo están las cosas en estos momentos.

—Por supuesto. Por favor, siéntense. ¿Quieren tomar algo?

—De momento, no. De momento, sólo quiero explicarle a usted la situación, y luego pedirle un favor.

—Me atrevo a decir que ese favor está concedido de antemano, doctor Shaw… Siempre y cuando, naturalmente, se refiera a nuestra pacífica labor relacionada con el Makimono.

—De eso se trata —asintió Shaw, sentándose en un sillón frente al que acababa de ocupar Daisy Norimitsu—. Se trata del Makimono y de mi maestro.

—¿Su maestro? —alzó las cejas Kogure.

Kelly Shaw frunció de nuevo el ceño, permaneció pensativo unos segundos y acto seguido procedió a explicarle a Isamu Kogure lo ocurrido en el *ryokan* de Sensei Inomura. Cuando terminó, la expresión de Isamu Kogure era en verdad preocupada, y tras unos segundos de reflexión, preguntó:

—¿Qué clase de ayuda puedo prestarle yo, doctor Shaw? La situación me parece bastante delicada.

—Lo es. Y francamente, no estoy dispuesto a ser un muñeco en

manos de esa gente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, por una vez en mi vida, voy a contraatacar utilizando como armas algo más que mis manos.

—No sé si le comprendo bien.

—Creo que sí me ha comprendido, señor Kogure. El favor que he venido a pedirle es que sus hombres me presten sus armas para ir a Harumi Pier y hacer un bien estudiado intento de rescatar a mi maestro, sin necesidad de entregar el Makimono.

—Veamos si lo entiendo... —murmuró Kogure—. Usted piensa ir armado, quizá acompañado de algún amigo, a Harumi Pier. ¿Llevará el Makimono?

—Por supuesto que lo llevaré, por si viese que es imposible conseguir mis propósitos por medio de las armas. Antes que fracasar en el intento de rescatar a Sensei, desde luego estoy dispuesto a entregar el Makimono. Pero antes de entregarlo, quisiera, por lo menos, concederme a mí mismo la oportunidad de intentar algo.

—Entiendo, entiendo. Bueno, su decisión me parece bastante arriesgada... para su maestro.

—Ya le digo que si no veo ninguna posibilidad, no utilizaré las armas. Simplemente, entregaré el Makimono, recogeré a Sensei..., y asunto terminado.

—Sería muy lamentable esa solución —dijo Kogure—. Pero supongo que a usted le parecería más lamentable que le cortasen la cabeza a su maestro.

—Muchísimo más lamentable, en efecto... —asintió Kelly Shaw.

—En ese caso, parece que lo único que podemos hacer es ese intento que está usted tramando. Por mi parte, desde luego, no tengo ningún inconveniente en prestarle algunas armas. Sólo espero que sepa usted actuar de manera prudente.

—Le digo una vez más, señor Kogure, que no hay nada que me interese más que la vida de mi maestro.

—De acuerdo —asintió Kogure—. Katsuo, ve a buscar a Tamori y a Seigo; que vengan y que traigan sus armas.

—Sí, señor —asintió Katsuo.

—¿Y Pieng? —preguntó Kelly.

—Pieng no suele llevar nunca armas de fuego. Solamente un cuchillo..., y me parece que usted ya está enterado de eso, doctor Shaw —sonrió amablemente Kogure.

—Sí. Bueno, el caso es que precisamente necesitaría un hombre como Pieng. Lo considero más peligroso y capaz de cumplir cierta parte de mi plan, que otros hombres que están acostumbrados a usar armas de fuego.

—Me parece que también comprendo eso. Katsuo, que vengan

todos.

Katsuo abandonó el salón donde se hallaban reunidos Kogure y sus preocupados invitados. La muchacha japonesa, retenida en las enormes rodillas del japonés, miraba con los ojos muy abiertos a Kelly Shaw. Y por su parte, Daisy Norimitsu, fruncido el ceño, contemplaba a la japonesita. Isamu Kogure, que se dio cuenta de cómo miraba la muchacha a Kelly Shaw, sonrió e introdujo una de sus gordas manos bajo la ropa del kimono, manoseando los senos de la muchacha, que se envaró.

Lo cual pareció no ser notado por Isamu Kogure, que inició una intrascendente conversación; conversación que duró muy poco, ya que Katsuo, Pieng, Seigo y Tamori, aparecieron muy pronto en el salón. Katsuo miró interrogante a Kogure, que asintió con la cabeza, y luego con la barbilla apuntó a Kelly.

—Entregad vuestras pistolas al doctor Shaw. En cuanto a ti, Pieng, irás con él y te pondrás incondicionalmente a sus órdenes. Harás todo lo que te ordene el doctor Shaw como si te lo ordenase yo mismo.

—Sí, señor Kogure —asintió Pieng.

Tamori, Seigo y Katsuo se acercaron a Kelly Shaw, y le entregaron sus pistolas. El judoka las tomó, las miró con tal asco que parecía talmente que tenía en las manos unos excrementos, y luego, con la misma expresión de asco, miró a Isamu Kogure.

—Bueno, señor Kogure —dijo secamente—, ahora que la situación está bastante equilibrada, creo que podemos hablar utilizando solamente la verdad.

—¿La verdad? ¿A qué se refiere?

—He estado reflexionando bastante sobre todo este asunto, después de haberme entrevistado con el sujeto llamado Sizue que me estaba esperando en el *ryokan* de Sensei.

—¿Y bien?

—Le diré, en primer lugar, que casi todas las maniobras de usted las he comprendido y analizado ya debidamente...

—¿Mis maniobras?

—Todo lo del teléfono en el barco, lo de sus mentiras al decir que sus hombres ya habían encontrado muerto a Motoi Seo en Hong Kong... Todo esto ya lo tengo solucionado en mi mente. Sé que fueron Katsuo y esos otros tres asesinos, quienes mataron a Motoi Seo y a sus empleados Saburo, Moshiro y Tasuku. Luego, después del asesinato de Motoi Seo sin haber conseguido que éste les dijera una sola palabra, y cuando ya estaban a punto de marcharse, nos oyeron llegar a Daisy y a mí, y entonces decidieron esconderse y permanecer a la expectativa y ver qué ocurría. Lo que ocurrió ya lo sabemos todos, y debido a esos incidentes, yo me encontré en su casa amablemente invitado por

usted.

—Vamos, vamos, doctor Shaw. Lo que está usted diciendo…

—Sea tan cortés como para no interrumpirme, señor Kogure. Usted sabe que estoy diciendo la verdad, lo exacto. Asimismo, he comprendido, también, su jugada en el *Abukuma* de sobornar a alguien relacionado con la centralita telefónica del barco, para tenerme bien controlado. Pero sobre todo, he comprendido que solamente usted ha podido ser quien diese la orden desde el mismo *Abukuma* para que algunos de sus empleados… residentes en Tokio fuesen a secuestrar a Sensei. Cosa que, utilizando armas de fuego, no les resultaría demasiado difícil. ¿Verdad que no, señor Kogure?

—Usted lo está diciendo todo —sonrió el japonés.

—Todavía voy a decir más —replicó secamente Kelly—. Usted se enteró de que Motoi Seo tenía ese Makimono nefasto para los Norimitsu y Yoshimura actuales. Y entonces decidió apoderarse de él y ofrecerlo a los Norimitsu. Con esta idea, y para que en ningún momento se pudiese dudar de sus… buenas intenciones, lo primero que hizo fue ponerse en contacto con Daisy Norimitsu para ponerla en conocimiento de la existencia de ese Makimono. Usted esperaba que Daisy se apresurase a comunicarlo a su familia, a fin de despertar inicialmente el interés de ésta y que no dudasen de la autenticidad del Makimono. Makimono que, acto seguido, tenía usted la intención de robarle a Motoi Seo, o conseguirlo por cualquier procedimiento. ¿Correcto?

—Siga, siga. Es muy interesante lo que está usted diciendo, doctor Shaw.

—Interesantísimo. Con fantástica hipocresía, usted fue tejiendo su telaraña, buscando siempre que cayésemos en ella los que podíamos proporcionarle el Makimono. Pero debido a mis imprevisibles decisiones, el Makimono se le iba escapando de las manos continuamente. Y fue por eso que decidió secuestrar a Sensei Inomura y colocar allí a Sizue, para que me pusiera en conocimiento de esa circunstancia. Evidentemente, usted estaba ya más que fastidiado por mis imprevisibles decisiones, y decidió jugar la carta definitiva para hacerse con el Makimono. Al mismo tiempo, y no tengo la menor duda sobre eso, usted tenía proyectado que cuando yo me presentase en el muelle Harumi con el Makimono, sus hombres nos asesinasen a Daisy y a mí. Y luego, naturalmente, ya en su poder el Makimono, habría cortado, efectivamente, la cabeza a Sensei.

—Terrible, terrible —sonrió Isamu Kogure.

—Solamente tengo una duda. ¿Qué ganará usted entregando el Makimono a los Norimitsu y consiguiendo así que éstos y los Yoshimura se enzarcen en estos tiempos en una lucha a muerte, que sería espantosa considerando la clase de armas de que unos y otros

pueden disponer?

—Es usted tan inteligente, doctor Shaw, que no puedo ofender su mente soltándole algunas tontas mentiras. En primer lugar, todo lo que usted ha dicho es cierto: yo lo fui preparando todo hasta este momento. En segundo lugar, el Makimono yo no lo habría regalado graciosamente a los Norimitsu, sino que, a cambio de él, habría recibido una fuerte cantidad... Claro está, que no directamente, sino que habría utilizado a uno de mis hombres de modo que los Norimitsu y los Yoshimura no me relacionasen con el Makimono de ninguna manera. El hombre escogido para negociar con los Norimitsu les habría entregado el Makimono a ellos y me habría traído a mí el dinero.

—¡Admirable! —gruñó Kelly Shaw—. Pero todo esto ¿para qué?

—Bueno, ya le digo que cobraría una importante cantidad, pero veo que realmente es usted inteligente. Sus sospechas van más allá de lo que deberían, ateniéndose a las simples apariencias. Lo cierto es que, desde hace un tiempo, los Yoshimura y los Norimitsu, que tienen unas industrias muy productivas y demasiado parecidas a las mías, me están haciendo una competencia que está a punto de arruinarme. Considerando esto, en un principio yo pensé en la posibilidad de eliminar tanto a los Yoshimura como a los Norimitsu, pero como usted comprenderá, esto habría sido una empresa de una envergadura colosal, y claro está, la cuestión no habría sido ni mucho menos fácil de resolver. Habría intervenido la policía, quizá se habrían unido los Yoshimura y los Norimitsu, ¡vaya usted a saber! Lo cierto es que una cosa es pensar en eliminar a dos familias y otra conseguirlo. En cambio...

—En cambio —terminó Kelly Shaw por él—, si usted enfrentaba a las dos familias y se hacían pedazos una a otra, le habría resultado muy fácil. Entonces, una vez destrozadas las dos familias y arruinadas sus respectivas industrias, usted sería el auténtico triunfador, levantando de nuevo la suya..., y quizá adquiriendo las suficientes acciones de las de los Norimitsu y Yoshimura utilizando el dinero que habría conseguido de los primeros al venderles el Makimono.

—¡Admirable! —exclamó Isamu Kogure—. ¡En verdad admirable, doctor Shaw! Ese era precisamente el plan, y le aseguro que no va a ser usted quien lo estropee.

—¿Eso piensa? Bien, yo pienso de modo diferente.

Usted, señor Kogure, ha sido sentenciado por la Kuro Arashi... y por mí, personalmente.

—Parece usted olvidar, doctor Shaw, que está solo frente a cuatro de mis hombres. Y que tengo a varios más custodiando a su maestro en un barco.

—No olvido nada. Es usted el que olvida que lo tengo a mi

merced, señor Kogure.

—¡Vamos! —rió el japonés—. ¡No diga tonterías! Mis hombres pueden hacerlo a usted pedazos en cuestión de segundos. Porque si esta vez lo atacan, no será con órdenes de mantenerlo con vida, doctor Shaw.

—¿Sus hombres se atreverán a atacarme teniendo yo tres pistolas en las manos?

—Oh, pero usted no va a usar estas pistolas, ¿verdad que no, doctor Shaw? Estoy seguro de que sería para usted una humillación de tal envergadura, que antes preferiría la muerte. Usted también olvida que yo soy japonés, y que, conociendo la mentalidad japonesa mucho mejor que usted, he llegado a la conclusión de su gran afecto por Sensei Inomura está basado en que él consiguió hacerle comprender a usted que no hay nada que valga más que la propia estimación. Y si usted utilizase ahora estas armas, aun suponiendo que consiguiera salir con vida de aquí, jamás recuperaría su propia estimación. Lo que sería, creo, bastante peor que la muerte para usted. ¿No es así?

—Los budokas también usamos armas —dijo Kelly un poco pálido.

—Sí..., pero no de fuego —rió Isamu Kogure—. Así que, puesto que usted ha puesto las cosas tan difíciles, vamos a resolverlas por el método más expeditivo que se pueda imaginar. Es usted lo bastante listo para haber venido aquí sin el Makimono. Pero el Makimono debe estar en poder de alguno de sus compañeros..., y con ellos negociaré la devolución de su maestro. En cuanto a usted... ¡Matadlo! —gritó de pronto.

Kelly Shaw se puso en pie de un salto, miró las pistolas que tenía en las manos, y gruñendo su disgusto las tiró con toda su fuerza contra los cristales de la ventana que tenía a su izquierda. Las pistolas reventaron los cristales y salieron al jardín, desapareciendo del alcance de todos los allí reunidos.

Isamu Kogure, en verdad sorprendido, pues en el fondo había temido que el instinto de conservación impeliera a Kelly a utilizar las pistolas, acabó por sonreír e hizo otro brusco gesto.

—¡Vamos! ¿Qué esperáis? ¡Matadlo!

El primero en pasar al ataque fue Katsuo, que era el que estaba más cerca de Kelly Shaw, y, todavía recordando la humillación recibida por éste noches atrás, saltó efectivamente dispuesto a romperle el cuello, lo que no era en modo alguno fácil.

Katsuo no debió olvidar precisamente la humillación que había sufrido noches atrás a manos del judoka. Esta vez iba a ser peor... Fallado el poderoso golpe con el que Katsuo pretendía partir la mandíbula de Kelly, éste le asió por el brazo derecho, se colocó de espaldas a él pegándolas al pecho del japonés, y, pasando su brazo por

encima del de éste, hacia el exterior, giró con terrible fuerza sobre sí mismo.

Los dos hombres salieron disparados girando en el espectacular *makikomi,* cuya velocísima trayectoria los llevó a los dos al suelo. Sólo que mientras Katsuo caía de espaldas y su cabeza se rompía contra el suelo, el judoka caía con todo su peso sobre el tórax del japonés, aplastándole varias costillas. Esto, sin embargo, ya no podía causarle ningún dolor a Katsuo, cuya muerte fue fulminante por rotura de la base del cráneo.

Colocado de costado sobre las rotas costillas de Katsuo, Kelly Shaw giró, al mismo tiempo que sonaba el grito de advertencia de Daisy.

Y el puntapié que Tamori le iba a aplicar en el vientre, falló. El pie pasó silbando muy cerca de la cara de Kelly Shaw, que, tras ladearse, disparó su puño derecho hacia los genitales de Tamori. El puño llegó certero al objetivo, y se hundió con blando chasquido, con terrible impacto, en él.

Tamori lanzó un berrido y dio un salto, girando en el airé, para caer de cabeza y quedar inmóvil.

En el mismo momento en que terminaba de ponerse Kelly en pie, Seigo caía sobre él, pero, evidentemente, una vez desprovistos de sus armas, los hombres de Isamu Kogure no eran todo lo efectivos que a éste le habría convenido. Seigo fue agarrado por el brazo derecho y la solapa izquierda, cargado en la cadera de Kelly Shaw, y disparado con fortísimo *uchi mata* que lo hizo volar más de tres metros, hasta estrellarlo de cabeza contra la pared..., mientras en el aire resonaba fuertemente el *kiai* del budoka:

—¡TOOóoooOOOOOO...!

El chino Pieng, que se había acercado casi a la par con Seigo, lanzó una cuchillada al bajo vientre de Kelly Shaw, que saltó hacia atrás, tropezó con el cuerpo de Katsuo, y cayó de espaldas. Frente a él, y posiblemente considerando que con un enemigo de tal envergadura no valía la pena correr más riesgos, Pieng, tomando el cuchillo por la punta, alzó el brazo derecho, dispuesto a lanzar el arma contra el judoka.

Estaba todavía alzando el brazo derecho cuando en el salón se oyó un seco silbido.

Y, en el acto, una flecha apareció justo en la nuca de Pieng, empujándolo fuertemente hacia adelante, mientras la punta aparecía por la garganta.

Seigo, que había conseguido ponerse en pie, aunque tambaleante, había agarrado una alta figurilla de jade y dio dos pasos hacia Kelly Shaw, que comenzaba a ponerse rápidamente en pie. La figurilla acudió al encuentro de su cabeza,.., pero la cabeza de Kelly

desapareció hacia un lado de Seigo. Los hombros del judoka se metieron entre las ingles del japonés, y una vez más, Kelly Shaw efectuó una de sus proyecciones favoritas de judo: la *kátaguruma,* que lanzó fortísimamente a Seigo de nuevo contra la pared. Desde allí cayó de cabeza al suelo y quedó inmóvil. En aquel momento, en el umbral del salón aparecía el japonés Sizue, con una *katana* en las manos, y muy abiertos los ojos, mirando a todos lados.

—¿Qué pasa…?

—¡Vuelve arriba! —le gritó Isamu Kogure—. ¡Vuelve arriba y córtale la cabeza al anciano!

Sizue dio media vuelta y se dispuso a abandonar de nuevo el salón…, pero ni siquiera llegó a dar un paso. De nuevo se oyó un silbido, y una flecha apareció en la espalda de Sizue, hundiéndose profundamente.

Los desorbitados ojos de Isamu Kogure se volvieron hacia la ventana cuyos cristales había roto Kelly Shaw al tirar contra ellos la pistola. Y allí le pareció ver algo, en el exterior. Algo que se concretó muy pronto, pues de nuevo la punta de una flecha apareció por el hueco de la ventana.

Sizue, que estaba comenzando a incorporarse, tendió la mano, agarró la *katana* y consiguió ponerse en pie, con evidentes intenciones de cumplir a todo trance las órdenes recibidas de Kogure.

Otro silbido resonó en la estancia, y otra flecha se hundió casi exactamente donde estaba la primera.

Esta vez Sizue ya no se movió del suelo.

Durante unos segundos, en el salón reinó un tenso silencio. Y de pronto llegó hasta allí la voz de Hsiang:

—Kelly, ¿cómo están las cosas por ahí?

—¡Puedes venir, Hsiang, por aquí todo está controlado!

Se oyeron pisadas, y a los pocos segundos el budoka chino Hsiang apareció en el salón…, pero no solo, sino llevando junto a él al anciano japonés de blancos cabellos, al maestro de los mejores budokas del mundo, a Sensei Inomura.

Eran demasiadas cosas contrarias a los deseos de Isamu Kogure. Este lanzó un rugido de furia, y se puso en pie, tirando por el suelo a la muchacha, que, como él, había quedado petrificada. Todavía rodando la muchacha por el suelo, pareció que también Isamu Kogure rodase por éste. Llegó adonde había caído el cuchillo de Pieng, lo agarró y cargó como una sorprendente y espantosa bestia contra Kelly Shaw.

—¡Te voy a…!

Un nuevo silbido, y una nueva flecha cruzó velozmente el espacio. Una flecha delgada, de impoluta blancura, que se hundió en el ojo derecho de Isamu Kogure, reventándolo y atravesando su

cerebro.

El ruido del corpachón al rodar por el suelo fue considerable, pero terminó en seguida.

Nadie se movió.

Y segundos más tarde, tras abrir la ventana después de alzar el cierre introduciendo una mano por entre los cristales rotos, Masayuki, experto en kyudo, entraba en el salón, con su gran arco en las manos y unas cuantas flechas todavía metidas entre el cinturón y el pantalón.

El budoka, el eficacísimo practicante del arte marcial kyudo, miró al anciano Inomura y preguntó:

—¿Está usted bien, Sensei?

Takeo Inomura, el creador y director de la Kuro Arashi, asintió con un gesto. Masayuki miró a Kelly Shaw, y murmuró:

—Será mejor que te lo lleves de aquí, Kelly. Marcharos todos. Yo me encargaré de avisar a la policía para que se encargue de solucionar lo mejor que pueda ese pequeño enredo que le dejamos en la... humilde casa del asesino Isamu Kogure.

ESTE ES EL FINAL

Daisy Norimitsu estuvo con la mirada fija en la pequeña fogata hasta que ésta se consumió, y sobre las pulidas tablas del porche del *ryokan* de Takeo Inomura, sólo quedaron un montón de cenizas.

Un montón de cenizas que poco antes habían sido un Makimono que podía haber puesto en pie de guerra a los Norimitsu contra los Yoshimura.

Por fin, la muchacha miró al anciano y musitó:

—Gracias, señor Inomura.

—Ya te dije —la miró Kelly que estaba sentado sobre las tablas a su lado—, que Sensei haría con el Makimono lo que fuese conveniente y necesario hacer. Y has podido comprobarlo con tus propios ojos.

—Así es —musitó la muchacha—. Y no sé cómo agradecerles...

—Espero, señorita Norimitsu —cortó amablemente Sensei las palabras de agradecimiento de la muchacha—, que me concederán el placer de pasar la noche en mi morada. Mi querido discípulo Kelly Shaw y usted están invitados. Lamentablemente, creo que no podré ofrecerles el confort al que están acostumbrados.

—¡Oh, no importa! —exclamó Daisy—. Tan sólo de pensar en lo hermoso que será ver amanecer en un jardín como éste, vale la pena quedarse en su casa, señor Inomura.

—Entonces —musitó el anciano—, mi casa es su casa.

—Es ya muy tarde, Sensei —musitó Kelly—. Deberíamos retirarnos todos a descansar.

—Tenéis mi permiso para hacerlo —lo miró con amable sonrisa el viejo budoka—. En cuanto a mí, todavía me quedaré un buen rato en el jardín. Estas horas de silencio nocturnas son muy agradables para meditar sobre la conveniencia de mantenerse en una postura digna en la vida. Buenas noches, Kelly Shaw.

—Buenas noches, Sensei.

—Yo... yo también me retiro —murmuró Daisy Norimitsu, poniéndose en pie.

—Le deseo una feliz noche de descanso, señorita Norimitsu.

—Lo... lo mismo digo. Buenas noches, señor Inomura.

—Buenas noches.

El anciano japonés quedó solo en el porche. El silencio, verdaderamente, era total. Así que, sentado cómodamente en la posición *zazen,* el anciano japonés, tras una sonrisita irónica, decidió que lo que a él le correspondía, en efecto, era meditar.

Y dentro de la casa, en el cuarto que había escogido para pasar la noche, tendido en la colchoneta, directamente sobre el suelo, Kelly

Shaw miró hacia la puerta corredera de su habitación que acababa de desplazarse.

Se quedó mirando la bellísima silueta desnuda, que parecía de plata, al resplandor de la luna que traspasaba los papeles de los tabiques. La bellísima silueta deslizó sus descalzos pies por el piso de tablas, y, finalmente, tras detenerse junto al tatami de Kelly Shaw, se arrodilló junto a éste.

—Kelly.

—¿Sí?

—Te amo.

—¿Hasta qué punto? —se oyó el gruñido del judoka.

—Haré siempre lo que tú quieras que haga.

Una mano de Kelly Shaw pasó tras la nuca de Daisy Norimitsu, y la obligó a inclinarse sobre él.

—De momento, démonos un pequeño y cariñoso besito… Es un agradable modo de empezar a pasar la noche. Y al amanecer, si todavía nos quedan fuerzas para movemos, saldremos al jardín de Sensei a contemplar la salida del sol…

F I N